EL PIRATA NEGRO

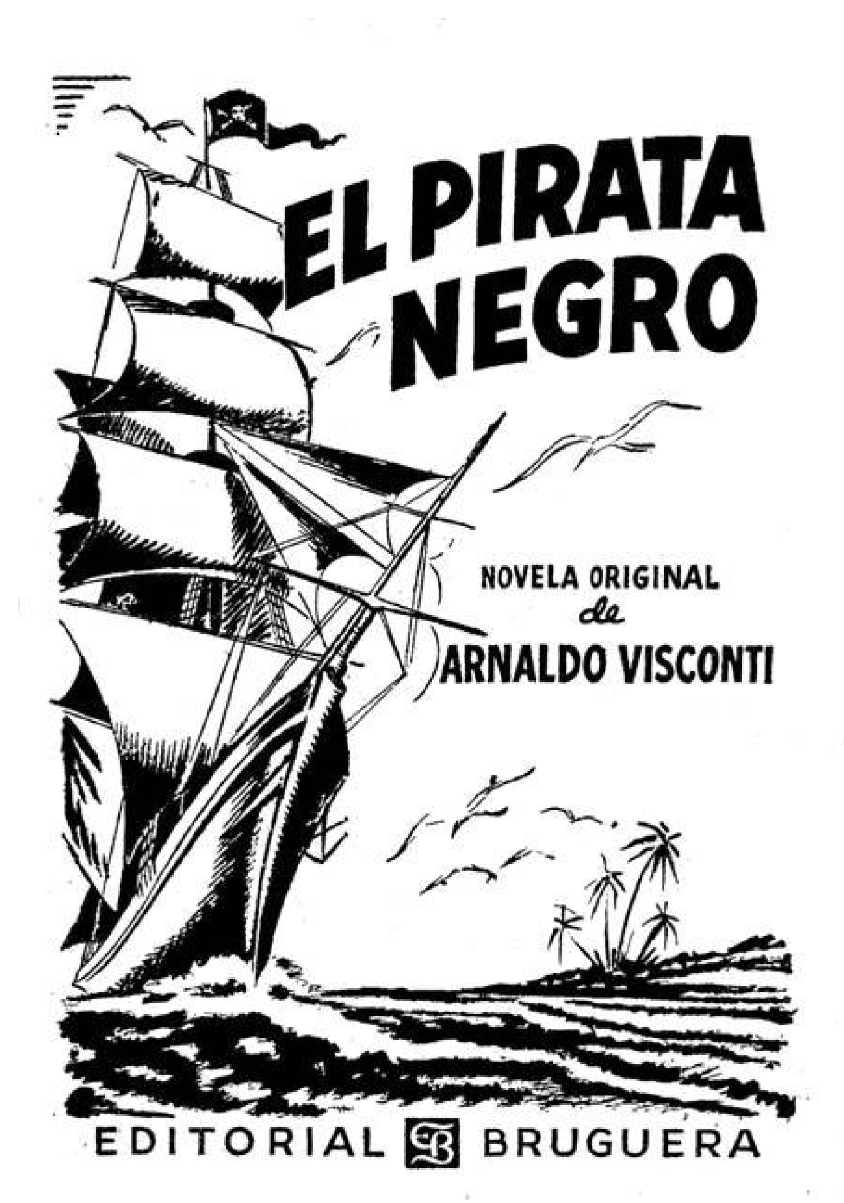
CONTIENE UN EPISODIO COMPL...

PROVENSAL

por ARNALDO VISCONTI

3 PTAS

LOS CUATRO DOGOS


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Los cuatro Dogos

Colección El Pirata Negro n.° 43

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1947


LOS 4 DOGOS

CAPÍTULO PRIMERO

Los patriotas de Florencia

Cosme Duranzo, “podestá” de Florencia, era muy apreciado por el infatigable celo desplegado en defensa de los intereses de la ciudad, de la que era jefe supremo en materia de vigilancia.

El único reproche que se le hacía era que no poseía ni un ápice de flexibilidad y diplomacia: “No parece un florentino”, decían de él sus mismos compatriotas.

Seco en el hablar, sombrío y antipático el rostro pétreo, Cosme Duranzo “capitán del pueblo” tenía todo el físico aspecto de los antiguos “condottieri”, pero no poseía como aquéllos la aureola de fervor popular que les ensalzaba, perdonándoles sus vicios y exagerando sus cualidades.

De Cosme Duranzo se alababa la rudeza empleada a veces, que a menudo le había hecho enemistarse con prohombres políticos, y se criticaba acerbamente su ascético vivir.

Un hombre que no bebía, no jugaba y no tenía amores; un hombre que pudiendo vivir en un suntuoso palacio por razón de su cargo, residía en una humilde mansión; un hombre que no sabía sonreír. Ése era Cosme Duranzo, y, por lo tanto, no tenía simpatías entre la masa, que estimaba que un buen florentino debía ser sutilmente, bribón, amante de la buena mesa y los naipes, original, derrochador y amable.

La figura del “podestá” con su escolta, erguido a caballo, cubierto por la pesada cota de mallas insignia de su cargo, rígido el semblante enjuto, donde los mortecinos ojos tenían una indiferente crueldad, no suscitaba a su paso más que un sano temor en los maleantes, una sonrisa irónica en los conspicuos personajes, y una íntima mortificación en cuantas bellas habían intentando

inútilmente obtener el galardón de ser la "sirena" que derrocara la fama de inasequible que poseía el jefe de la fuerza de policía estatal de la bella ciudad del Arno.

Pero por aquella noche otoñal, el paso del "podestá" por las calles no tenía apenas testigos. Era orden del propio Duranzo que después del toque de queda dado al crepúsculo nadie pudiera transitar a caballo por Florencia, y que cuantos abandonaran sus hogares en salidas nocturnas, llevasen sus propias escoltas a pie, ocupando ellos sillas de mano, y sin derecho a quejarse si eran asaltados por componentes de las muchas bandas de forajidos que merodeaban por los exteriores de la ciudad y que a favor de la noche infíltrábanse en Florencia.

Sólo Cosme Duranzo iba a caballo por las noches, y si de día ya su escolta era impresionante, destacaba aún más su rígida y medieval formación a la luz de las mazas-antorchas que llevaban los pajes. Abríase el cortejo en cuadro. Al frente iban los timbaleros, que cada veintena de metros anunciaban su paso con redobles marciales. A retaguardia los heraldos, cuya misión era alertar en caso preciso con sus clarines a las patrullas de ronda.

A ambos lados una doble hilera de soldados codeábase con otra hilera de pajes portadores de las mazas de plata rematadas en cazoleta donde ardía el fuego.

Y todos ellos vestían la misma librea a cuadros blancos y negros, con apariencia de dameros. En el centro, erguido sobre su caballo, Cosme Duranzo, revestido con su cota de malla que despedía opacos fulgores, alzaba la frente, muda estatua de la inexorabilidad.

La corta barba canosa, el fiero bigote de guías enhiestas y el peinado en desuso, de melena lacia, que por delante formaba una línea horizontal mediada la frente y por la nuca quedaba a ras del recto cogote, acentuaban su aspecto de guerrero de la Edad Media.

Sobre los cuadrados hombros, una esclavina roja y azul en fajas transversales era la superflua prenda que indicaba a quién no lo adivinase desde muy lejos por las libreas del cortejo, que el que montaba caballo con peto y arreos de torneo, era Cosme Duranzo, "podestá" ejecutivo y brazo derecho del Gran Duque de Toscana.

Tras atravesar el Puente de las Gracias, la comitiva se detuvo ante un suntuoso edificio, en cuyo rellano alineábanse ya lacayos que vestían la librea rojo y gualda de la casa Simone.

Era el domicilio particular de Bernabei Simone, secretario general de la Marca Toscana, y el “brazo izquierdo” del Gran Duque. Si Duranzo simbolizaba la fuerza armada, Simone representaba a las mil maravillas la dúctil y sinuosa fuerza sin estridencias de la política y la diplomaría al servicio de la misma causa: el poderío de Florencia.

El propio Bernabei Simone, rechoncho, de rostro ovalado y astuto, lujosamente atildado, empolvada la alta peluca y apoyándose inútilmente en bastón de nácar, plata y piedras preciosas, avanzó al encuentro del tutor policial.

—Un honor que para siempre constará en el archivo histórico de la familia Simone, excelencia-saludó riente y como abrumado bajo el peso de tal merced —. Vuestra visita, excelencia, es un privilegio que no concedéis en demasía.

—Buenas noches, señor secretario —replicó con su acostumbrada hosquedad el milite, cuya única lectura era la vida de los “condottieri” y la de los primeros romanos—. He considerado obligada mi visita después de las dos comunicaciones que enviasteis a mi cuartel.

—Aunque modesta, os suplico, excelencia, que os dignéis compartir mi cena.

—La hice ya en mi cuartel, señor secretario. Pasemos al salón, donde pueda hablaros privada y extensamente.

—Precisamente estaba yo en conversación muy interesante, que redundaba en mayor beneficio de nuestra amada patria, excelencia.

—¿Con quién?

—Con un dilecto amigo particular, y a la vez gran amigo de Florencia, cuya causa ha defendido muchas veces. Permitid, excelencia, por aquí. Os presentaré a Lord Ian Pegrey.

En el salón, de delicada exquisitez, donde entró Cosme Duranzo, un sujeto alto, de anchas espaldas, rubios cabellos, cejas y perilla, vestido sobriamente pero con gusto, inclinóse levemente cuando Bernabei Simone anunció:

—Su excelencia el “podestá” de Florencia, Milord. Os presentó, excelencia, a mi dilecto amigo, Lord Ian Pegrey, inglés por nacimiento, pero florentino por corazón y fidelidad.

—Tengo que hablar con vos privadamente, señor secretario-dijo por respuesta el soldado.

Bernabei Simone extendió ambas manos, sonriente.

—Ante Lord Pegrey no tengo secretos ni los tiene Florencia, Excelencia. Podéis hablar, porque él interviene en cuantos asuntos de Estado requieren la ayuda de un caballero inteligente y aparentemente imparcial.

Cosme Duranzo observó de nuevo al pretendido inglés, quien impasible, apretados los labios, aunque sonrientes los obscuros ojos, sentóse cuando lo hizo desmañadamente,

—Recibí en mi cuartel dos indicaciones redactadas y firmadas por vos mismo, señor Secretario. Cumplí, pero deseo saber los motivos de la primera "indicación", asaz complicada para mi habitual rectitud de procedimiento.

—¿Detener a los autores de la muerte de uno de vuestros agentes de patrulla en servicio de la más alta importancia, no os parece justo, Excelencia? —inquirió Simone, con bien fingida expresión de estupor.

Cosme Duranzo dió un taconazo, leve pero resonante, por la recia estructura de su bota forrada de hierro.

—No juguéis al diplomático conmigo, señor Secretario. Sabéis muy bien a qué me refiero. Ya de por sí, la detención de tres caballeros franceses enviados extraordinarios de Su Majestad Francesa, es grave.

—Incurriremos gustosos en la posible cólera del Rey, que por otra parte, tardará en ser informado, ya que los mismos afectados con mi "indicación" —y el político apoyó significativamente la última palabra, con la que Duranzo había querido soslayar la palabra "orden"— tendrán el mayor interés en que no se sepa, que levemente embriagados y en nocturna francachela, impidieron a soldados del "podestá" apresar a Iago Fosco, el reconocido conspirador veneciano.

—No me refiero a eso-replicó Duranzo, dispuesto a tener paciencia, porque conocía la compleja mentalidad de su interlocutor —. Me refiero a la extraña preparación, que en otro que vos no fuera, habría tomado por complicidad. Sé que después de mí sois el más patriota de los florentinos, pero, ¿a qué obedece la peculiar indicación de que la patrullarse compusiera tan sólo de seis hombres y que sólo llamasen a la puerta del domicilio de Iago Fosco cuando uno de vuestros agentes les indicase hacerlo?

—Colmaré vuestra curiosidad cumplidamente, Excelencia.

Cosme Duranzo miró de nuevo al inglés, que sentado cómodamente, afectaba no interesarse en la conversación,

Bernabei Simone comprendió el implícito reproche contenido en la mirada del jefe de policía, y lo rebatió:

—No os incomode la presencia de Lord Pegrey, Excelencia. Precisamente, gracias a mi dilecto amigo, ha sido posible cuanto se ha hecho. A grandes, rasgos os pondré en antecedentes. A raíz de la llegada a Florencia de los cuatro enviados extraordinarios de Su Majestad el Rey de Francia, empecé a meditar de cuan gran utilidad podían sernos estos señores. En Roma hay exceso de franceses sospechosos, contra los que no puedo actuar, desterrándolos o encarcelándolos como sería mi deseo. Si demuestro que un significado caballero francés, es un conspirador al servició de Venecia, ¿creéis que el Rey Luis no cerrará los ojos por razones de política, cuando de Roma y Florencia logremos echar a los visitantes franceses, que para mi gusto son demasiados?

—Si bien comprendo vuestra argumentación, qué apruebo, sigo sin entender por qué asiste a esta conversación vuestro dilecto amigo milord Pegrey.

—También lo iréis comprendiendo. Como os decía, me urgía demostrar que un personaje inviolable, con carácter de embajador, era un conspirador veneciano. No bastaba el hecho de que pudiera intervenir a favor de dos conspiradores. De sobras es sabida la propensión gala a sacar la espada en defensa de las hermosas y sabéis, Excelencia, que Iago Fosco se casó con la bellísima Lorenza.

—Grave error en viejo inteligente como creí era Iago-dijo secamente el asceta.

—Por Eva se perdió Adán, Excelencia. Y por Lorenza se perderá el senil Iago, y el juvenil e impetuoso vizconde Chateranton.

—Sólo fueron tres los detenidos: los caballeros Tallien, Derbaux y Roncher.

—En efecto. Convenía que el vizconde huyera con la bella Lorenza. Como ha sucedido gracias a milord. Pero no bastaba. Conoceréis, sin duda, Excelencia, la fama de originales que tienen los británicos, ¿no es así?

—Tengo referencias de ello. Vuestro amigo-y el soldado señaló con la barbilla al flemático aludido-lleva años en Florencia y es

conocida por su maestría en el juego de naipes, su fama de bebedor y su renombre como escalador de balcones con el consentimiento de sus dueñas.

Ante la severidad de censura con que pronunció sus frases el soldado, habló por vez primera el supuesto inglés. Lo hizo, entreabriendo apenas los labios y en perfecto italiano, aunque matizado de acento inglés, donde las abiertas vocales tenían brevedad.

—Es embriagador el ambiente de Firenze, Excelencia. Un santo pecaría en ella.

—Nací y llevo cuarenta y siete años en Firenze, milord-rebatió severamente Duranzo —. No pretendo ser santo y... Seguid hablando, señor Secretario. Os escucho.

—Lord Pegrey se hizo amigo de los cuatro franceses. Concertaron una partida de naipes. El vizconde perdió toda su fortuna, ganada por nuestro amigo, quien con proverbial originalidad le hizo una apuesta.

—Esas frivolidades ¿tienen que ser necesariamente expuestas?

—Sí, Excelencia. Son el meollo de cuanto os explico. Sin eso que vos calificáis de frívolo, nuestro deseo de expulsar con excusa razonable a los franceses de Florencia y Roma, no se realizaría. Como os decía, cuando me hicisteis el honor de interrumpirme con sabia observación, Lord Pegrey apostó cuanto había ganado al vizconde, más de diez mil luises, a que éste no sería capaz de casarse en el plazo de seis semanas con la primera mujer que encontraran al entrar en Florencia. La partida tenía lugar en cierto antro de la carretera de Viterbo a nuestra ciudad,

Cosme Duranzo miró más ceñudo que nunca al inglés, que se entretenía enlazando y desenlazando sus dedos alargados.

—Apuesta inmoral —masculló— Debía el vizconde alegar que la primera mujer que al paso les saliera podía ser una perdida o una mujer casada.

—De eso se trataba, Excelencia. Era preciso que la primera mujer que viera el vizconde... fuera casada. Una parte de su apuesta especificaba que en este caso, o sea la imposibilidad de boda, el vizconde veíase obligado, bajo palabra de honor, empeñada ante testigos, a obedecer ciegamente cuantas órdenes tuviera a bien expresarle Lord Pegrey. Dos objetivos a la vez. Conseguir

comprometer a los franceses, e introducir favorablemente en Venecia a un hombre que, ignorante de la verdadera cualidad de Lorenza y semejando ser conspirador veneciano, nos pusiera al corriente de cuanto allá ocurriera. Y está logrado. El vizconde se halla camino de la ciudad que es nuestra peor enemiga, custodiando al viejo Fosco y su joven y cautivadora esposa.

—¿No bastaba Lorenza?

—Reconozco que ella me sirve inmejorablemente. Aparentemente, es ardiente patriota veneciana, que llevada por su fervor, no vaciló en casarse con el propio Iago Fosco. Pero, Excelencia, no dudaréis ni por un instante, que dos peones tienen más fuerza que uno solo. El vizconde será bien recibido por los venecianos, siempre ansiosos de hallar apoyo. Las arcas del Dux están ya casi exhaustas... Perdón, Excelencia, sé que si bien ambos somos indudablemente los más eximios de cuantos patriotas velan por la mayor gloria y engrandecimiento de Florencia, vos disentís de mis puntos de vista con referencia al aplastamiento de Venecia.

—Sí. Disiento. Génova empezó a socavar la fortaleza veneciana. Después, Florencia siguió el mismo camino. ¿No somos todos italianos? Debilitada Venecia por su guerra con los otomanos y socavada por las maniobras genovesas y florentinas, ¿qué sucederá?

—Tendrá que admitir la orgullosa ciudad de los sucios canales, que su salvación está en unirse con Florencia. Por 1o tanto, Excelencia, yo también persigo a mi manera la unión italiana.

—Pero por el instante, contribuís a dejarla cada vez más debilitada. Poco hábil soy en política, señor secretario, pero ¿sabéis lo que puede sur ceder? Que Venecia se convierta en puerta abierta de invasión donde por el Adriático, pueden los turcos invadir Italia entera.

—Cuando llegue ese peligro, que deseo... ¡Sí, no os irritéis, Excelencia! —y era enérgico el gesto del rechoncho Simone-entonces a mi vez os pregunto, ¿sabéis lo que ocurrirá? Venecia nos pedirá auxilio. Se lo concederemos, anexionándola a la Marca Toscana. Muerto quede si en todas mis artimañas que íntimamente despreciáis, no es este el fin que persigo: la mayor gloria y poderío de Florencia, como capital de una Italia unida.

Por vez primera, perdió algo de brusquedad el tono con que replicó el “podestá”:

—Muerto quede yo también si nunca puse en tela de juicio vuestro patriótico amor a Florencia, señor secretario.

Volvió a sonreír Bernabei Simone:

—A tanto llega, Excelencia, mi amor por nuestra ciudad, que pese a mi temperamento poco soñador, he pensado algunas veces que si lográsemos colocar en el sitial de Dogo de Venecia, a un adicto florentino, llegaríamos a lo que nos proponemos.

—Ningún veneciano acataría el mando de un florentino,

—Lord Pegrey es florentino de corazón y, sin embargo, inglés. ¡Oh, no, Excelencia! Ya sé que no podría, por más valor y habilidad que posea, convertirse en Dogo de Venecia,.. Aunque recordad que hubo Dogos que brevemente se adueñaron del poder, porque eran apoyados por la fuerza de las armas.

—Nos extraviamos, señor Secretario. Ya he comprendido la razón por la que indicaseis que se intentara la detención de Iago Fosco y vuestra espía Lorenza, tan sólo cuando así lo indicaran uno de vuestros múltiples agentes.

—Que para ello tenía que aguardar que los franceses acompañados por Lord Pegrey llegasen a las proximidades de la casa de Iago Fosco. ¿Qué más deseáis os aclare, Excelencia?

—Vuestra segunda indicación se refería a que la casa de Banca de Borghese fuera custodiada secretamente por mis soldados cuya misión sería capturar a cuatro españoles, que en la suposición de que no ofrecieran resistencia debían ser conducidos a la fortaleza y ejecutados inmediatamente sin formación de proceso. Indicabais también que mis soldados debían colocarse en forma tal, que no fueran vistos y aparentemente la casa de Banca estuviera como siempre, dedicada a sus operaciones y simplemente guardada por sus empleados.

—Esta segunda indicación, Excelencia, no tiene complicación alguna. Mi amigo Borghese vino a verme antes de mi salida de Roma. Me dijo que tus tres españoles, al servicio de Venecia, habían venido a obtener de él, por la fuerza, un documento de pago. Ya sabéis que en otras ocasiones, los venecianos apelaron a este recurso. Mandar aventureros decididos a todo, para lograr fondos por la violencia, destinados a continuar la agotadora lucha contra los otomanos. Borghese firmó el documento contra su Banca de Florencia, alegando no tener fondos suficientes en la de Roma.

Previsor, acudió a los servicios de Messer Gonzio Spada, para que éste saliera en la carretera, al paso de los cuatro españoles, Pero también en previsión de que los cuatro españoles pudieran escapar y llegar hasta aquí, me suplicó tomara mis medidas para quitar de en medio a esos aventureros al servicio de Venecia.

—Repruebo terminantemente la propensión que manifiestan los altos personajes a encomendar servicios tales a bandidos de la peor ralea, como Gonzio Spada., Estar protección de altos personajes les hace ser más populares que los servidores de la justicia-y cerrando los guanteletes de mallas que cubrías sus manos, añadió amargamente el soldado —: Yo soy "podestá", que significa "capitán del pueblo", y soy impopular. En cambio, bandidos como Spada, Corsini, Fra Diávolo y tantos otros, tienen popularidad, y la masa comenta alborozada sus hazañas. ¿Por qué sonreís, milord?

—Deplorable, deplorable... —dijo el interpelado, chasqueando brevemente la lengua contra el paladar—. Tiene grandes cualidades el pueblo italiano, pero posee el defecto de entronizar a sus bandidos y criticar a sus honestos prohombres, Excelencia.

—Si de Inglaterra algo admiro, milord-dijo Duranzo, bruscamente —, es que tiene políticos honestos y sabe colgar a sus bandidos. Un caballero inglés se sentiría mancillado si hablase tan sólo una palabra con un bandido. Aquí los caballeros tienen a gala ostentar públicamente, en sus conversaciones, su amistad con bandidos. Vos mismo, señor secretario, no os ocultáis de que tenéis en mucho la amistad de ese maldito Angelo Buoncuore, que se encubre bajo un sayal y domina las carreteras, donde la sola aparición del que es apodado Hermano Diablo, impone más respeto que la mía. Pero de nuevo me he extraviado. Mis soldados están ya vigilando secretamente la casa de banca Borghese, y los cuatro españoles caerán presas inexorablemente. Cuando hayan sido decapitados, os lo notificaré. Nada más me resta por decir,

—Aguardad un instante, Excelencia. Es tan rara la ocasión de veros, que habréis de perdonarme si os impongo mi deseo de teneros entre mis muros. Quizá os habría ofuscada el oír la conversación que sosteníamos Lord Pegrey y yo, cuando la interrumpimos al escuchar el anuncio de vuestros timbaleros. Hablábamos en chanza de cuál podía ser el mejor de los gobiernos.

—De vos tolero cualquier broma señor secretario, porque, como

yo, sois el mejor de los patriotas florentinos.

—Tolerad, pues, Excelencia, que hable mi dilecto amigo Lord Pegrey, porque os afirmo, sin redundancia ni exageración, que aquí y en este instante estamos reunidos los tres patriotas florentinos más sinceros.

—Cuando vos tal afirmáis, así debe ser, señor secretario. Tenéis toda la inteligencia y discernimiento que os hacen el más genial de nuestros políticos. Hablad, milord, y de antemano excusadme si he sido brusco.

—Vuestra brusquedad, Excelencia, es digna de respeto y de agradecer. Representáis las virtudes del clásico soldado romano.

Aquél era el elogio que más podía complacer a Cosme Duranzo, que se dispuso a ser benévolo, previendo de antemano alguna “originalidad” del inglés, que continuó:

—Expresaba al señor secretario mi íntima convicción de que el mejor de los gobiernos lo formarían un centenar de bandidos puros.

Cosme Duranzo, pese a estar preparado, no pudo dominar un respingo, que repercutió en vibraciones metálicas de su cuerpo, ceñido por la cota de mallas.

—Entiendo por bandidos puros, Excelencia, hombres que, no dando la menor importancia a sus vidas, fueran inasequibles a los tres fallos de toda política: dejarse influenciar por dinero o halago, admitir prebendas y ser débiles en la aplicación de las leyes dictadas.

—Esos políticos son los habituales hombres honestos, milord.

—Pero tienen remilgos, Excelencia. Las durezas les repugnan. Son benévolos si una bella mujer suplica o un personaje influyente les ruega. Eso en cuanto a los honestos. Los deshonestos acumulan oro... Ahora bien; imaginad cien hombres verdugos del que falle contra el bienestar común. Cien hombres que desprecien el dinero y la mujer cuando ésta se entrometa en el terreno estatal. Cien hombres que si dicen, por ejemplo: “El que quiere medrar a expensas de la nación, será decapitado”, cojan ellos mismos el hacha y la abatan, si es preciso, sobre el cuello de sus propios hermanos, padres o esposas... Diablos por afán de pureza, redimiéndose de sus crueldades por el angelical propósito de ir reduciendo a la humanidad al cumplimiento de los preceptos cristianos...

—¿Un Fra Diávolo multiplicado por cien? —dignóse sonreír levemente el “podestá”—. Sois infantil, milord.

—Lo soy. Porque no hay cien hombres así... como Fra Diávolo, por ejemplo. Y, si los hubiera, tarde o temprano irían sucumbiendo a la molicie de la mesa regalada, la caricia de bellas inteligentes y el brillo del oro. Desgraciadamente, el bandido y e1 hombre honesto son de masa humana: barro mísero, Excelencia. La lucha sempiterna del hombre con una conciencia que pugna por liberarse del mal, sin poder remontarse porque carece da alas, y rebosa de apetitos, pasiones y debilidad.

Levantóse el “podestá”, imitado por los otros dos. Lord Ian Pegrey hizo una leve reverencia.

—Un gran honor, Excelencia, he tenido en poder oíros. Sin intención de ofenderos, os aseguro que hasta ahora sólo he conocido a cuatro hombres dignos de formar este “centuriato”: uno de ellos sois vos.

Cosme Duranzo miró por unos instantes al inglés, fruncidas las cejas. Al fin, desarrugó el ceño.

—Debe ser un elogio británico, milord. ¿Cuáles eran los otros tres?

—El señor secretario-y el supuesto británico señaló al sonriente Bernabei Simone.

—Gracias-dijo el secretario de la Marca Toscana —. Reconozco que tengo en mis procedimientos ardides de bandido.

—¡Yo, no! —estalló casi puerilmente Cosme Duranzo.

—Seríais ejemplar, Excelencia-indicó Lord Pegrey —. Por vuestra vida monástica, donde la espada que lleváis tiene sabor de cruz cristiana.

—¿Los otros dos que tienen el honor de compartir este centuriato al cual aludís? —dignóse Duranzo ironizar.

—Un pirata que conocí... Un pirata español, severo consigo mismo. Y por último, Fra Diávolo; me consta que, siendo un bribón, aspiraba ser honesto, mas si el espíritu es fuerte, la carne es flaca.

—Indudablemente sois un extravagante original, milord. Y ya que el señor secretario me merece cierta amistad, le seguiré en su afición a las chanzas que vos compartís. Declaro entre nosotros, tres patriotas florentinos, que casi debo estimarme orgulloso de poder algún día ser llamado a gobernar en compañía de Micer Bernabei

Simone, Fra Diávolo y un pirata español.

Chocó reciamente sus tacones, significando que habían terminado las chanzas.

—Hablando de españoles, señor secretario, ¿qué características tienen?

—Uno de mis agentes advertirá a vuestros soldados, tan pronto intenten entrar en la casa de banca Borghese, Excelencia.

—Buenas noches. Seguid con vuestras divagaciones, milord, y vos, señor secretario, con vuestros maquiavelismos, ya que todo redunda en la mayor gloria de nuestra patria.

Redoblaron marcialmente los timbales, y, cual estatua moviente, alejóse la arrogante figura del “podestá” de Florencia, encuadrado por las mazas-antorchas.

Bernabei Simone regresó de nuevo al salón y escanció un vino dorado en tallada copa, que tendió a Lord Pegrey.

—Estaba de humor nuestro buen “podestá” —comentó—. Sonrió una vez y no te abatió de un manotazo cuando le comparaste con su pesadilla, Fra Diávolo. Eres magnífico, Angelo…, perdón, milord.

Ambos rieron, y ahora la carcajada del supuesto británico nada tenía de flemática. Era risa exuberante de vitalidad, que mostraba unos dientes sanos, con agudos incisivos de carnívoro.

Pero, volvió a apretar los labios, sorbiéndoselos, y empleó el más excelente de los acentos exóticos al decir:

—Excusadme, dilecto señor secretario. Lord Ian Pegrey solicita vuestro permiso para retirarse, porque tiene cita.

—¿Balcón por escalar?

—¡Oh, no!… *By jingo*! Me gustan tanto las mujeres, que las desprecio cordialmente. Nunca ninguna de ellas me hizo posponer una buena partida de naipes o una buena charla. Y tengo que charlar con un hombre que no puedo creer me haya desengañado. Confiaba mucho en él, porque le juzgué de la talla de Angelo Buoncuore…, y no suelo engañarme. Quiero comprobarlo. Buenas noches.

Abrazó el alto sujeto al rechoncho político, y al oído le murmuró:

—Ha sido espléndido, Bernabei. Ante la barba canosa del “podestá” elogiar al mísero pecador Buoncuore, ha sido algo que debería ser cantado en romance.

—La vanidad te pierde, Fra Diávolo-dijo sonriente Simone —. Buenas noches. Y, por favor, ten cuidado. Nuestro querido Cosme Duranzo tendría gran satisfacción si lograra apresar al temerario Angelo Buoncuore.

—En Florencia abundan los frailes franciscanos-y suspiró, sinceramente condolido el extravagante bandolero. —¿Por qué, por qué no puedo ser un santo como ellos? Mísera carne que no responde al mandato de mi espíritu deseoso de redención. Buenas noches, Bernabei.

CAPÍTULO II

EN LA PLAZOLETA STROZZI…

Fué Lord Ian Pegrey el que entró en el domicilio que el inglés tenía en Florencia. Una casa apartada, cercana al Arno, y rodeada de umbrío jardín.

No se inmutó el bandolero transformista cuando se destacó de las sombras otra sombra de recia complexión: Luigi Gogliardini, el lugarteniente de Fra Diávolo.

—Buenas noches, Angelo-saludó.

—Ven conmigo. Hablarás mientras me mudo.

Mudarse era, para el bandido florentino, encerrarse en la sala permanentemente custodiada por dos rubios italianos, que fingían excelentemente ser ayudas de cámara del lord, y, empleando agua tibia, quitarse la ceñida peluca, de cortos rizos rubios, la perilla y despintarse las cejas, abandonando la rígida disciplina de sus labios apretados. Y, quitándose las ropas de milord, vestir un corto pantalón que le dejaba desnuda media pierna y los pies, que introducía en toscas sandalias en forma de abarca.

Sobre el pecho desnudo ciñó dos correas. Una sostenía dos pistolas en cruz. La otra atravesaba diagonalmente su pecho, enfundando horizontalmente siete puñales.

Aumentó su talla cuando el sayal de burda tela cubrió su musculatura desde el cuello hasta los pies.

Ante el espejo, el hombre que encolaba contra sus maxilares la abundosa barba negra y rizosa presentaba un cráneo naturalmente tonsurado, que formaba una corona de negros cabellos.

Luigi Gogliardini fué explicándose:

—Ubaldo fué quien avistó a los españoles, Angelo, cuando entraban por la puerta sur. Entraron sólo tres, pero luego

reuniéronse con el pelirrojo, y se dirigieron a la plazoleta Strozzi. Dos de ellos, el que conversó largamente contigo en la carretera, y el pelirrojo, están sentados en el banco bajo el soportal que da entrada a la fachada posterior del mercado. Los otros dos deben ser sus escuderos, y se han arropado en sus capas, tendiéndose en el suelo. Como parecían dispuestos a pasar la noche allá, hice sitiar]a plazoleta por los puentes y el mercado. Sin tu orden, no podrán salir con vida de 1a plazoleta Strozzi y considero inútil que te diga, Angelo, que, por más avezados que estén a emboscadas, no han podido saber ni darse cuenta que treinta de tus hombres rodean la plazoleta, sin escape posible.

Fra Diávolo hundió sus manos en las amplias mangas, después de abatir la capucha sobre su cráneo tonsurado.

—El aullido del can, Luigi, si el "podestá" se dirigiera hacia la plazoleta Strozzi.

—Comprendido, Angelo. Yo mismo ladraré...

—Perros somos, Luigi, míseros perros. La paz pueda algún día anidar en tus sienes, hermano Luigi.

Por una puerta trasera abandonó Angelo Buoncuore el domicilio de Lord Pegrey, y atravesó el puente viejo uno más de los franciscanos que por las noches cumplían su misión de intentar remediar las necesidades imperiosas de los hambrientos...

* * *

En la plazoleta Strozzi y bajo los soportales, cuatro siluetas débilmente iluminadas por los alejados resplandores de los faroles parecían dormir.

Dos de ellas estaban adosadas contra la pared a cada extremo del banco y tenían por asiento el suelo. Envolvíanse en las capas, para defenderse del fresco relente.

En el banco, un pelirrojo, extendidas las piernas, y arropado en su capa, dormitaba sin fingimiento, porque había galopado el día entero.

A su lado, Carlos Lezama mantenía los ojos abiertos, meditando en dos opuestos personajes: Borghese, el amable banquero romano, y Angelo Buoncuore, el inteligente bandido florentino.

"Piernas Largas" y "Cien Chirlos" enderezaron los bustos cuando una silueta encapuchada se acercó por uno de los arcos del soportal.

El Pirata Negro fué contemplando al fraile franciscano que se

acercaba, hasta que, al detenerse ante el grupo de los cuatro, el recién llegado habló en italiano:

—¿No tenéis hogar dónde albergaros, hermanos míos?

Era una voz grave, sin la melodiosa musicalidad de la entonación de Fra Diávolo, y el rostro, ahora más visible, era flaco, rasurado y de ojos bondadosos, azules.

Un franciscano que aparentaba cincuenta años, sin vigor físico, macerada la piel por privaciones y vigilias...

—Somos forasteros, señor fraile —replicó secamente el Pirata Negro—. Dormimos a la intemperie, porque nos place.

—Saludable es, hermano,

—Más duro era banco de galeras donde remé, señor fraile. Me dió más fortaleza al cuerpo. Vos tenéis costumbre de estas incomodidades, porque voluntariamente elegisteis navegar en mar de ingratitudes, y por lecho maderos fríos. No busquéis nueva ingratitud, y seguir camino. No os molestará mi franqueza, porque cosas peores oiréis en vuestro cotidiano trabajo.

—La palabra nunca hiere, hermano. Los desheredados, los rebeldes, los malparidos por los zarpazos de la humana existencia, tienen derecho a ser reacios hasta que la luz única da la verdad innegable les ilumina. ¿Tenéis dinero para buscar posada?

—Tenemos, señor fraile.

—¿En nada os puedo servir?



¿No tenéis hogar dónde albergaros?

—En nada..., ¡y diantres!..., seguid camino, porque siempre que uno de vosotros me habla, me ocurre lo mismo. Tengo deseos de morder y deseos de hincar rodilla, cosa que sólo hago ante damas.

—No puedes ofenderme, porque adivino lo que quieres decirme, español. También el lobo tendíase mansamente cuando el pobrecito de Asís le hablaba. No es fingida mi humildad. Tiempo me costó dominarme, que si hoy sigo impetrando 1a misericordia del Cielo, día hubo en que, como tú, despreciaba al humilde fraile que me hablaba...

—No desprecio, señor fraile. A veces con uno de vuestros semejantes hablé, y siempre sentía lo mismo. Ganas de maldecir, porque todos no somos semejantes a los que predican con el ejemplo bondades y alivios, y deseos de arrodíllame, porque en mi corazón oía ecos antiguos, de cuando, adolescente, me sumía en rezos eligiendo ermita mísera para sentirme descargado de humanos lastres... Pero ¡pasó esto, señor fraile! Sigue en mi corazón un cierto eco, pero lo apaga constantemente mi agitado vivir. Conque id a llevar vuestro consuelo a quien más lo necesite, porque dinero tengo, ropa me cubre y mi estómago no grita.

—Gracias por tus palabras, hermano. Presiento que día vendrá

en que hallarás consuelo y crecerá en tu corazón el eco del que fuiste. Mientras, que tus actos sean como tus palabras. Honestos, leales y sin maldad. La paz sea con todos vosotros.

Ibase ya a marchar el fraile, cuando, levantándose el Pirata Negro, cogió la amplia manga de su sayal y le hizo detenerse.

—¿Aceptáis dinero de bribones, señor fraile?

—Lo que me quieras dar, entrégalo tú mismo a un hambriento.

—¿Porque mi diestra es de bribón?

—Porque la mía también lo es. Y si eres tú quien da la limosna, habrá calor en tu corazón, como lo hay ahora en el mío, español Buenas noches.

—Buenas noches..., padre.

Volvióse a sentar bruscamente el Pirata Negro, mientras iba empequeñeciéndose la silueta frailuna perdiéndose en la obscura lejanía.

—Les temo a esos franciscanos, estudiante-dijo, tomando por testigo al madrileño —. Son magníficos porque conocen tan a fondo la naturaleza humana que siente uno vergüenza al escucharles... ¡Tate! ¿Otro?

Miraron ambos al que se acercaba, y que poco después quitábase la capucha ante ellos dos.

—¿Tengo espacio en este banco, hermanos? —preguntó una voz melodiosa, henchida de grata sonoridad.

—¡Que el rayo te fulmine! —masculló exasperado el Pirata Negro—. Tu sayal es irreverencia...

—No, hermano pirata. Lo llevo sin impiedad, porque sé que un día lo revestiré para siempre cuando mi espíritu logre vencer a mi carne.

—No te sientes aún, que en este banco mando yo, Fra Diávolo. No estamos en tus toperas de la carretera.

—Florencia es ciudad libre, hermano pirata. Y sus bancos dan acogida a cuantos por ella deambulan. Los que te acompañan no me conocen, y podrían creer que somos enemigos, cuando deseo que sepan que somos colegas. Diles que soy Angelo Buoncuore, que con la zurda roba a los ricos y con la diestra socorre a los pobres.

—¡Lástima que mi chiclanero lugarteniente no lleve su guitarra!... —sonrió el Pirata. Negro—. Porque la rasguearía acompañando tu copla.

—Cuánto lo lamento-y el español del florentino era perfecto-Las cítaras y las mandolinas de mi patria cantan la gloria de Fra Diávolo, el impenitente pecador, que quisiera hacer penitencia con sincero arrepentimiento. ¿Dejas que me siente?

—A ruego del bandido no me niego, Angelo. Siéntate… y aclara por qué nos haces el honor de visitarnos. Tuviste ya a bien advertirme que algunos de tus hombres vigilarían nuestra entrada en Florencia.

—Treinta de ellos rodean la plazoleta, hermano pirata-dijo Fra Diávolo, tomando asiento entre Lezama, y Lucientes.

El madrileño respingó. Él no conocía al bandido[1].

—¡Tate!… ¿Te arrepentiste ya y quieres enriquecer con mi dinero a algunos de tus sarnosos pedigüeños que seguro estoy te llaman secretamente imbécil? También te lo llamo yo…

—Desengaños que se experimentan entre los hombres, caballero Lezama. Por suerte, nunca doy caridad esperando gratitud. Pero tú no puedes llamarme imbécil, porque no eres un vulgar humano.

—No dudo que tienes treinta hombres disimulados en las sombras de tu ciudad. Pero, de nuevo, vienes solo. Y si eres fra Diávolo para los demás y estás habituado a imponer respeto con tu sola presencia, diste paso en falso ahora.

Aquí estamos cuatro perillanes sin respeto ni a su propia sombra, y sobran tres de ellos, que me basto solo para hablar contigo, Angelo Buoncuore.

—Y solo he venido, porque tú no puedes desengañarme, pirata. En el fondo de mi alma siempre he tenido un resentimiento. Vosotros, los españoles, suponéis que en Italia sólo se canta y que la cobardía es general.

—En todas partes cuecen habas, Angelo. Ya te dije que eres valiente y temerario. ¿Te halaga?

—Bastante. Pero quisiera, advertirte que cobardías y valentías se contagian. Si yo me pusiera al frente de cien italianos cobardes, todos serían valientes. Y si un cobarde se pusiera al frente de cien españoles valientes, todos serían cobardes. Aclarado este punto racial que me atosigaba, podemos pasar a dilucidar tema más personal.

—¿Por qué hay treinta malandrines acechándome?

—Al parecer, son contra ti, pero también lo son contra las

fuerzas de Cosme Duranzo, la autoridad de Florencia, que por las noches vigila en vez de roncar apaciblemente. Esos hombres honestos resultan cargantes a veces, ¿no te parece?

El Pirata Negro reconocía a regañadientes la simpatía del florentino,

—Con el arsenal que bajo la tela ocultas, bien hace Duranzo en vigilar. Pero a mí me revienta que me vigilen, Angelo.

—Coincidimos. Si hubiera menos vigilantes, habría más comodidad

—No te andes por las ramas, florentino.

—Resulta difícil hablar entre nosotros dos, ¿no crees?

—No; al contrario. Resulta fácil si te "desflorentinizas", y al pan le llamas pan.

—Me falta costumbre... porque hablo poco con piratas llamados Carlos Lezama. Estamos tú y yo tan acostumbrados a perdonar vidas, por dar tan poco valor a las nuestras, que podríamos estallar... Tú sólo conoces de Fra Diávolo el Angelo... ¿Sabes cómo me llaman? "Barril de Pólvora", porque he estallado ante los arrogantes, que lo eran porque tenían la fuerza y el poder a su lado, cuando me hablaban. Y a instantes me aplaca el pensar que, estando inerme, eres tú quien me habla como si fueras Fra Diávolo, o estuvieras en cubierta de tu velero.

—Y a ti te soporto porque, pudiendo venir encuadrado en muchos, vienes solo. Pero aborda ya, bandido. ¿A qué has venido?

—Si tú me desengañases, ya no tendría fe en la virilidad. ¿Hay algún juramento al quo concedas valor de respetable?

—No te entiendo.

—¿Hay alguna invocación que para ti signifique apoyar irrevocablemente aquello que afirmas?

—Ni invoco ni juro. Quiero suponer que si tú le dices a cualquiera "palabra do Fra Diávolo", tendrá la misma fuerza que si yo digo "palabra de Pirata Negro".

—Es que dudo... Dudo de ti, y no quiero sospechar que me mientes.

—¡Tale!... Huelo a pólvora, Fra Diávolo. Soy lerdo, pero creo adivinar que me acusas de haberte mentido. Te concederé el honor de medir tu espada con la mía, si persistes. A otro, le habría saltado primero unas muelas...

—Soy torpe en el manejo de espada, pirata. En cambio...

—...arrojando puñales y disparando eres hábil, ¿no?

—Tanto, que aun recuerdo una vez en que, rodeado por cinco robustos corsarios franceses, no se había aún disipado el humo de mi doble pistoletazo, cuando ya los tres que no fueron alcanzados por las balas, tenían sendos mangos de puñal sobresaliéndoles de la garganta...

—Eran corsarios franceses, Angelo. No confundas. Créeme que por espacio de un minuto lamentaría la muerte de Fra Diávolo.

—Y durante la misma fracción de tiempo sentiría la tuya. Pero por el instante hablemos amistosamente... ¿Puedes repetir ante tus hombres lo que me explicaste acerca de los motivos de tu viaje a Italia?

—Uno es mi oficial, y los otros dos son mis lugartenientes. Entre los cuatro formamos hermandad, porque mezclamos en muchas ocasiones nuestras sangres, y de peores situación que la presente salimos.

—¿Por qué consideras mala vuestra situación?

—Treinta y un italianos, son muchos. Podrán quedar reducidos a la mitad, pero eso no me consuela de tu muerte, la mía y la de mis tres buenos mozos.

—¿Por qué crees que puede llegar tal desenlace?

—Porque has sentido la tentación de quedarte con el documento que supone mucho oro. Al fin y al cabo, Fra Diávolo, entre bandidos no cabe engaño.

—Lo deseo fervientemente. No tu oro, sino que me demuestres que no hubo engaño. Un hombre que me merece la máxima confianza me ha repetido las palabras de otro según las cuales los cuatro estáis al servicio de los venecianos. Sabes que para mí Florencia es lo primero. Y Venecia es mi enemiga.

—A mí, personalmente, se me da un comino de Florencia, Venecia, Roma y todo el perímetro italiano. ¿Dudas, entonces, de lo que te dije?

—Repítemelo, que quiero oírtelo.

—Claramente te dije que anteayer llegué a Roma. Visite a Borghese, presentándole carta de pago. Fué deliciosamente acogedor. Todo un gran señor. Me comunicó que tendría que acudir a Florencia para cobrar. Colocó en mi camino a Messer Spada y sus

rufianes. Seguí camino… después de un alto que me impusiste. Tarde era cuando llegamos, y hasta que sea de día no podrá uno de nosotros cuatro entrar en la casa de banca.

—¿Uno de vosotros cuatro?

—Si el romano puso bandidos en la carretera, también puede colocar soldados en la banca. Él es italiano, está en su casa, y tendrá siempre razón contra un español. Si hubiese necesitado oro en cualquier ocasión, no habría acudido con carta de pago; pero precisamente porque la tengo, es mi capricho hacerla valer contra todos.

—¿Qué cantidad? ¿Mucha?

—Mucha para la dote de la huérfana. Poca para un Fra Diávolo

—¿Cien mil florines?

—Mejor oro. Ducados.

—¿Cincuenta mil ducados?

—Por tan pequeña cantidad no habría yo venido a Italia.

—Cantidad que serviría para comprar cinco barcos, que gran utilidad le darían a Venecia.

—Me estás ya fatigando, Fra Diávolo. Escucha: si quieres, puedes dar orden de pelea, y sacar tus puñales, Pero que te quede bien aclarado que el documento que llevo no lo leerás, porque lo he de deglutir como si se tratase del mejor de los manjares. Si escrito está que tú y yo muramos estúpidamente bajo un soportal de una plaza florentina, da por escrito que la carta de pago a nadie servirá.

—Me lo temía. No quieres que la lea… ¡Un desengaño más! Nunca pude suponer que estuvieras al servicio de otros… Si no fuera así, me habrías mostrado ya esa falsa carta de pago que con amenazas sacaste a Borghese. Los venecianos ya emplearon otras veces este procedimiento. Pero tú me has desengañado, pirata, Te creí de muy superior clase…

—Todo eso, ¿lo dices tú o lo dijo otro?

—Lo dijo Borghese.

—Vaya… Eres un niño crédulo, Fra Diávolo. Un pobre diablo…

—¡Cuidado, español!

—¡Cuidado, florentino! —y el Pirata Negro, sin apartar sus ojos de las manos ocultas del bandolero, ordenó secamente—: ¡Aparta, señor Lucientes! ¡También vosotros dos! ¡Apartaos! Es personal mi charla con este compadre.

—No es preciso que se muevan. Tienen suficiente disciplina, y si como mudos han escuchado, inmóviles estarán si tú y yo nos matamos. Por última vez, español, apelo a tu inteligencia. Supón por unos instantes que eres Fra Diávolo, un mísero pecador deseoso de verdades, y siempre luchando contra la mentira. Encuentras en tu camino un pirata al que crees veraz. Pudiendo darle muerte, 'le das trato de igual... ¡que si en el mar tú eres dueño, yo lo soy de Italia!

—Sigue. Me interesas. Nos iguala también una gran modestia.

—Un amigo de toda tu confianza te dice que un gran personaje afirma que el pirata es un aventurero al servido de los venecianos. ¿A quién darías más crédito? ¿A la palabra de ellos o a la del pirata?

Centelleantes los ojos, y tensos los músculos al parecer indolentes como los de su interlocutor, Carlos Lezama mordió las letras más que pronunciarlas:

—A la palabra del Gran Duque, preferiría la tuya, Fra Diávolo. Y ahora, porque buenamente quiero, atiende, antes de que pasemos a la acción: toma o deja mi palabra de Pirata Negro, con la que apoyo lo que afirmo. Vine a Italia para obtener trescientos cincuenta mil ducados. Trescientos cincuenta mil ducados de oro, con los que quería dotar a una muñeca huérfana. Eran la fortuna de Bruno Bronzo, hombre que quiso rescatar a Julia de Groschetti del poder de los piratas argelinos. Yo le entregué a su amada, y él me dió carta de pago por toda su fortuna, que expresamente para este caso había dejado en poder de Borghese. Y ahora, ¡cuando quieras! Estás en tu tierra y te doy el privilegio de ser el primero en buscarme la piel...

Fué primero una risa suave, que fué creciendo en intensidad. Una risa de alivio, alegre, contagiosa... y que brotaba de la garganta del falso franciscano, que, echada hacia atrás la tonsurada cabeza, reía a pleno pulmón.

Levantóse lentamente el Pirata Negro.

—Ya no es hora de reír, Fra Diávolo. Dudaste de mí, y no puedo perdonártelo.

Lentamente las dos manos del bandido aparecieron desnudas y abiertas, mostrándoselas al que ceñudo le contemplaba.

—Muerte merecería el pirata que, después de haber oído hablar

como acabas de hacerlo, dudara de la palabra de Fra Diávolo... —dijo Angelo Buoncuore, levantándose también con lentitud.

—¡Trae acá la carta de pago, señor Lucientes! ¡Que la lea nuestro incrédulo antes de tragársela!

—Ahí es donde tú cometes un yerro, pirata-dijo, repentinamente serio, el florentino —. Que saque tu oficial la carta de pago... ¡Y por la Madona te juro que tú y yo hallaremos muerte estúpida!

—Léela, Fra Diávolo.

—No. El que tiene que leerla es Borghese ante tú y yo. Y entonces me dará a mí razón por haber engañado a Bernabei Simone, mi amigo.

—Borghese me pertenece, Fra Diávolo. ¿Queda patente que tú y yo nos hemos perdonado mutuamente nuestras vidas?

—Queda. Que únicamente hay dos que puedan hacer tal cosa: tú y yo. Y ahora, ¿nos sentamos? Tengo que decirte algo más.

—¡Perdonavidas! —susurró riendo el Pirata Negro.

—“Matón” creo que en España llamáis a los que se te parecen.

Y ahora fueron dos los que rieron mientras los tres oyentes sonreían sin sorprenderse.

—¿Quién debía ir a la ventana del tesorero de la Banca? —inquirió Fra Diávolo.

—Mi oficial, el señor Lucientes.

—¿Por qué?

—Lo echamos a suertes, y a él le correspondió. Le hubiesen quizá apresado, pero nosotros tres ya nos hubiéramos cuidado de liberarle.

—El “podestá” tiene rodeada la casa de Banca, con orden de apresaros a los cuatro y llevaros al yunque del verdugo. Los trescientos cincuenta mil ducados no están a vuestro alcance aquí. Están en Roma. ¿Puedo sugerir algo, ya que, aunque me lo haces olvidar, yo estoy en mi tierra y soy Fra Diávolo?

—En mi larga vida, a nadie di beligerancia ni trato de igual, Angelo. A ti, sí, no por tus bandidos, sino porque tú, a solas, me has demostrado ser un bandido que podría llamarse Carlos Lezama si no respondiera ya al seráfico nombre de Angelo Buoncuore.

—¡Gran tipo! —exclamó Buoncuore, satisfecho—. Tú y yo podríamos llegar lejos... Ya te hablaré más tarde... Pero, ahora, vayamos a lo tuyo. ¿Fías en mí?

—Sí. Y no creo en engaños.

—Vamos a Roma. Quiero que lea tu carta de pago y yo le escuche. Después, te expondré a una aventura, y me cortaré yo mismo el brazo izquierdo si no te encanta...

Un estridente ladrido de can pareció rebotar en las lejanas aguas del río. Fra Diávolo se interrumpió, y tendió el oído.

Más cercano resonó otro ladrido, distinto en estridencia. Unos timbales redoblaron sordamente, ahuecados por la distancia.

—¡La guardia del "podestá"! —exclamó Buoncuore—. Vienen hacia acá. Escondámonos. Ordena a tus acompañantes que vengan con nosotros. El "podestá" no deja rincón por escudriñar y si viera aquí cuatro desconocidos acompañados de un franciscano, tendríamos que dar molestas explicaciones.

—¿Sirve este embudo? —y señaló el Pirata Negro el sombrío dintel que tras el banco daba entrada al mercado desierto. Era la vía de escape que destinaba a ocasión parecida.

Poco después, en el obscuro pasadizo húmedo y maloliente, los cinco en pie, oían más audibles los redobles de timbal.

—Mal organizada está Florencia —dijo zumbonamente Fra Diávolo—, Seres como tú y yo, que deberían estar gobernando, se ocultan por lugares donde transitan ratas,,.

Pasaron unos largos minutos, y al final, cuando no se percibían los ecos de los parches tendidos, sonó otro ladrido modulado con lastimera prolongación.

—Lejos están ya los guardianes del orden-comentó Angelo —. ¿Dónde tenéis vuestros caballos?

—En el exterior de la puerta sur.

—No vayáis a por ellos. Podrían estar sobre aviso los soldados. Mis hombres los rescatarán, y también os puedo prestar cuatro jamelgos. ¿Crees que todo esto lo hago desinteresadamente, pirata?

—Tu intención llevarás. Mientras no sea pegar bocado a los trescientos cincuenta mil ducados, te escucharé en todo. Sin tu voluntaria intromisión, reconozco que no habría podido evitar algún mal paso.

—Cuando terminemos de hablar con Borghese (por el camino discutiremos la forma, tú y yo) hablaremos de Venecia. Es historia interesante en la que estoy muy versado, gradas a Bernabei Simone.

—Los ladridos te forman una buena escolta, Angelo.

Indudablemente, más eficaz que los timbales del “podestá”.

—Esos guerreros son ingenuos-dijo Fra Diávolo.

Atravesaban ya la plazoleta seguidos por Lucientes, “Cien Chirlos” y “Piernas Largas”, y la luz de un farol permitió a Fra Diávolo percibir la sonrisa de Lezama.

—Me consideras ingenuo, ¿no es cierto, pirata? Es que contigo soy Angelo.

—Contigo soy también, otro. ¿No llevas sayal franciscano? Lobos entre sí...

—...sólo se muerden si intentan deslealtades. Pero créeme, una vez vi jugar unos cuantos lobeznos que no se sabían observados. También los padres rebrincaban. Y me gustaban más así, que aullando y asestando dentelladas.

—Seguro, hermano lobo. Te prefiero ingenuo y juguetón, y no me cabe duda que también me prefieres acomodaticio y risueño. Te he tolerada libertades que ninguno en vida pueda jactarse de habérselas permitido conmigo.

—“Item”, dicen los latines..

Se reveló como eficaz a toda prueba la invisible escolta de Fra Diávolo. Sendas cuerdas colgaban de la muralla, por las que treparon los cinco hombres, que poco después, en sendos caballos, tomaban al galope la ruta hacia el Sur.

Capítulo III

BORGHESE, O EL PODER DE LAS APARIENCIAS

La segunda noche después de aquella en que había recibido la visita de los dos españoles, el banquero Borghese cenó con deleitosa complacencia, sentando a su mesa una selecta minoría de personajes importantes cuya conversación resultaba siempre provechosa para el que secretamente acariciaba la ambición de ser nombrado Tesorero de la Marca Toscana.

Al filo de la medianoche, el propio Borghese despidiólos en el umbral de la puerta, y poco después subía a sus habitaciones.

Ayudado por su lacayo se desnudó, revistiendo lujosa bata encima del camisón, y, calzados los pies con pantuflas, salió a la terraza de su quinta, para contemplar una vez más el paisaje del Tíber iluminado por la luna.

Se estremeció como si la frescura de la noche le hubiese asaeteado, pero en sus rasgos amables y correctos plasmóse un espanto supersticioso al divisar la silueta que se le antojó fantasmal...

—No temas, . Ningún mal te quiere Fra Diávolo...

El banquero fué retrocediendo y entró en la alcoba, deteniéndose cuando contra sus piernas chocó el borde de la cama.

Angelo Buoncuore quitóse la capucha, dejándola caer sobre sus hombros. Avanzó sonriente, bonachón...

—Óbolo para mis pobres, hermano —banquero.

—¿Cuánto... cuánto quieres?

—Tú me conoces, . No intentarás llamar, ¿verdad? Mírame al rostro y no lances miradas angustiosas hacia el cordón de seda que cuelga de tu cabecera. Haría muy mal efecto que, al entrar tus criados, te vieran estrangulado con este mismo cordón, burlándote

de ellos con lengua azulada, y suspendido en el aire.

Borghese sentóse, como si las piernas se le negasen a soportarlo. Rió Fra Diávolo suavemente.

—Ya he quedado satisfecho, hermano banquero. Me complace ver que los poderosos tiemblan, mientras los humildes me dan palmadas en la espalda. Óbolo para mis pobres.

—¿Cuánto debo darte, Fra Diávolo?

—¿Cuánto contiene la bolsa que está encima de tu mesita?

—Doscientos florines.

—Pocos son, pero me bastarán. No seas imprudente, ..., porque sabes quién soy, y sólo consiento imprudencias en mí mismo.

Mientras hablaba, dirigióse a la mesita de marfil y cinceladas patas de mármol. Recogió la bolsa y un cofrecito abierto que mostraba su contenido de joyas. Hizo desaparecer ambas cosas bajo los amplios faldones de su sayal.

—Las joyas, para mis bailarinas... Soy un mísero pecador, . Tambien lo era Messer Gonzio Spada... ¿Le conocías?

—Sí —musitó el banquero, que ya iba reconquistando su aplomo.

—¿De qué le conocías?

—Le encargué ha poco una misión.

—¿Cuál?

—Dar muerte a cuatro españoles.

—¿Por qué?

—Al servicio de Venecia me obligaron a firmarles un documento por valor de mucho oro.

—Messer Gonzio Spada murió,

—¿Le dieron muerte los españoles? Bien que advertí a Spada que fuera cauto.

—Le di muerte yo. Comprenderás que no le podía perdonar su desacato a mi ley. Él sabía que no podía rondar mis dominios.

—¿Los españoles?

—Siguieron camino hacia Florencia.

El respiro aliviado del romano hizo sonreír al florentino, que con amable sonrisa, mesándose la postiza barba, se aproximó a la cama.

—De haber sabido que los españoles llevaban tan precioso documento, quizá les habría interceptado el paso, . Te reputan honorable e inteligente. Habrás tomado tus medidas para evitar que

esos aventureros consigan en Florencia dinero para Venecia.

—No lo conseguirán. Como tú, yo soy un patriota enemigo de...

—Si vuelves a intentar compararte conmigo, hermano banquero, me disgustará tener que cortarte la lengua. ¿No recuerdas ya a Enzio Pandolvi?

—Sí... —y el temblor del romano fué visible.

—Era un infecto canalla. Tuvo la insolencia de propagar que yo era un loco que fingía patriotismo para encubrir delitos. Muchos son mis delitos, y no habría cometido uno nuevo, ya que mi patriotismo está por encima de toda sospecha. Pero añadió que en común teníamos el rasgo de ser valientes hasta la temeridad. ¿Lo era? No, no, ... Lloró cuándo le di un puñal para defenderse, y me resigné a cortarle la lengua. Si murió de miedo, no fué culpa mía. Volvamos a lo nuestro, . ¿Cómo sabes que esos españoles estaban al servicio de Venecia?

—El qué los dirigía, un español de tez bronceada y ojos negros insolentes, me lo dijo.

—¿Qué cantidad le firmaste?

—La que me pidió.

—¿Cuánto?

—Trescientos cincuenta mil ducados en oro...

—¡Corpo di Baco! Eso es una fortuna en que jamás soñé. Muy digna de ti, .

—No poseo tal fortuna.

—Vives con mucho más lujo del que viviría un sultán turco. Me gustaría echar la mano encima de tal documento.

—De nada serviría, Fra Diávolo. No te miento al asegurarte que en pro de Roma he gastado todos mis beneficios. Así te hablo, porque podrías creerme rico.

—No lo creo... ¿Son apariencia tus festines? ¿Es de cartón tu palacio? ¿Tus lacayos no perciben sus sueldos? Hablas como lo haces, temiendo que te valore en la octava parte de tus bienes, tal como hice con muchos de tus semejantes. Ninguno de ellos so atrevió a mentirme. ¿Sabes por qué? Doblo y convierto en cuarta parte de sus bienes el óbolo de los que pretenden engañarme. Pero volvamos a lo nuestro. ¿Qué decía el documento que firmaste al español?

—Que se le pagara la suma indicada a la presentación del

mismo.

—Pondrías su nombre, ¿verdad?

—No, aunque dijo llamarse capitán Lezama. Era un simple pagaré al portador.

—¿Por tan gran cantidad?

—Así me lo exigió.

—Veamos, pues, qué te exigirá ahora...

Al principio no comprendió la frase del florentino el que ahora, al ver aparecer en el marco del abierto balcón al Pirata Negro, parpadeó, no dando crédito a sus ojos.

Miró despavorido al bandido florentino, que, sentándose en un mullido sillón, señaló otro al que se aproximaba.

—Estamos en nuestra casa, capitán Lezama.

El Pirata Negro tendió un pergamino doblado en cuatro, echándolo encima del regazo que la bata formaba entre las rodillas del banquero.

—Lee, Borghese-dijo el Pirata Negro, tomando asiento —. En voz alta, que yo hablo y escribo el italiano, pero no sé leerlo.

El gesto del romano fué rápido. Arrugó en su sudorosa palma el papel que introdujo en su boca, masticando apresuradamente...

Indiferentes, los dos asistentes a la veloz escena, guardaron silencio. Un silencio que duró minutos, y que el propio banquero, lívido y dominando el rictus de asco que le había producido instintivamente su maniobra desesperada, rompió para decir:

—Tuve que hacerlo, Fra Diávolo. No podía... exponerme... a que ese español, que debió engañarte, pretendiera apoderarse de fondos para Venecia...

—No te entiendo, —dijo Fra Diávolo, suavemente—. ¿No decías antes que no tenías tantos ducados? El español es testarudo y no me quiso dejar leer ese pagaré que patrióticamente acabas de deglutir.

—Con él, los venecianos hubieran podido argüir que yo, voluntariamente, les facilitaba dinero... Dinero que no tengo... ¡Te lo juro, Fra Diávolo!

—La venta de tu quinta y de tus caballerizas te proporcionaron, suficiente riqueza.

—La Marca Toscana me los admitió como pago de deudas contraídas en favor del bienestar de los romanos.

—Los fondos que te entregan tus amigos.

—Los intervino el Tesorero a mi propia demanda, siempre por el bienestar de Roma. No te miento, Fra Diávolo. Mi amigo el Tesorero actual estima en mucho mis sacrificios, y únicamente él y tú sabéis la verdadera situación de mi hacienda; mi opulencia es sólo aparente.

El Pirata Negro extrajo de la parte superior de su jubón un pergamino sellado y firmado. Lo desdobló, tendiéndolo a Fra Diávolo.

—Lee, Angelo. La ingestión de un pergamino en blanco ha sido ya suficiente comida para ese embustero de relumbrón.

Entre dientes primero y más alto después, leyó lo referente a la cesión de la fortuna que Bruno Bronzo afirmaba haber hecho a su amigo el banquero Borghese, cesión que debía transferir al que aportase tal documento; tanto en vida como en muerte de su firmante...

—¡Falso, apócrifo! —clamó el banquero.

—Apaga el cacareo-atajó Fra Diávolo, entrecerrando los párpados y desaparecida toda musicalidad de su voz —. Las firmas de cuatro romanos conocidos, dan fe de la entrega, y la firma de Bruno Bronzo, así como su testimonio de haber asistido al acto, son más que suficientes. ¡Vístete, Borghese! Vaciarás los cofres de tus casas de banca, pero esta deuda la pagas... ¿Qué hiciste con la fortuna de Bruno Bronzo?

—Por el bien..., el bienestar de Roma..., la empleé cuando di por muerto a mi buen amigo Bronzo..

Púsose en pie Fra Diávolo, que devolvió el documento al Pirata Negro.

—¿Quién tiene las llaves de las arcas, Reggio?

—El Tesorero... No las cederá... Me veré infamado... —y el romano arrojóse de rodillas, intentando besar la orla de burda tela que rozaba los desnudos pies del bandolero.

Chocó contra su rostro la suela de una de las abarcas, haciéndole caer de espaldas.

—No tiene un ochavo-comentó desdeñoso Fra Diávolo.

—Así parece-replicó, ceñudo y contrariado, el Pirata Negro.

—Robaba bajo la apariencia de anfitrión honrado. ¿Es disfraz que merece clemencia, capitán Lezama?

—No.

—Invocó patriotismo, siendo un abyecto y ambicioso ladrón... ¿Merece perdón? ¡No! —replicóse a sí mismo Fra Diávolo.

Casi pareció prestidigitación la rapidez con que en su diestra apareció un puñal, que lanzó al suelo junto al que tendido lloriqueaba...

Abierto el peto del sayal, exhibió su correa, donde los mangos de los restantes puñales surcaban el velloso tórax empezando en el hombro izquierdo y terminando en el costado derecho.

—Ponte en pie, Reggio Borghese...

El Pirata Negro observó la repentina y salvare ferocidad con que, saltando de lado, Reggio Borghese lanzaba el puñal que había recogido, al parecer temblando...

La hoja destelló, arañando el hombro izquierdo de Fra Diávolo, que agachándose, asió por el cuello al romano. Y con hercúlea fuerza, empleando tan sólo un brazo, levantó en el aire al que de nuevo volvió ser un pingajo gemebundo.

Levantóse el Pirata Negro, dirigiéndose al abierto balcón. Adivinaba lo que iba a seguir, y no quería presenciarlo...

Oyó el desplome inerte de un cuerpo y poco después, junto a él, Fra Diávolo volvía a cerrar su peto.

—Es desesperante, capitán Lezama —comentó extrañado—. Es el tercero al que corto la lengua, y se muere.

—A veces el miedo actúa de asesino.

—Eso es lo que me interesa que crean. A ti, te lo explicaré, porque ya no tenemos secretos. Cojo la lengua de los mentirosos criminales, la atraigo, y para cortarla de raíz no puedo evitar que la hoja del puñal corte también la yugular... Y claro..., se mueren...

No había crueldad en la risa que emitió el florentino. Era instintivamente un ser primitivo cuando se trataba de acciones sangrientas.

—Por algo tenían que llamarte Diávolo, Angelo. ¿De dónde obtenga yo ahora el oro por el que vine?

—Hazme el honor de venir a mi topera. Quiero hablarte de Venecia, y una conversación reciente que sostuvieron dos prohombres: Bernabei Simone y Cosme Duranzo.

—¿Están en Venecia los trescientos cincuenta mil ducados?

—Posiblemente. Pero en los fosos venecianos y en las turbias aguas de los canales, donde a los licenciosos suspiros de los que en

góndola mecen sus amores, añádense los estertores de los que continuamente perecen bajo las dagas.

—Lejos está Venecia. Más cercanos tengo los cofres romanos.

—No podrías con ellos. Los tienen errados de muchas capas de hierro, y ningún bandido logró violentarlos.

—¿Lo intentaste tú?

—Con pólvora, y desde entonces ya no hay posibilidad.

—¿Los cofres venecianos son menos resistentes?

—Es algo más sublime, capitán Lezama. Ni tú ni yo somos “revienta-cofres”. Si yo lo hice, fué un pecadillo de juventud.

Extendió los brazos Fra Diávolo, señalando desde la terraza, el amplio panorama bañado por la plateada luz lunar.

—No repetiría tal hazaña, porque, aparte de que no hay posibilidad, sería indigno de quien, como yo, está en la “Quinta Borghese” como en su propia casa, porque a los lacayos les inmovilizan mis hombres. Quien, como yo, tiene poderío en Roma y Florencia, también puede tenerlo en Venecia. Y quien, como tú, reina en los mares, podría ser rey en el Adriático, donde ahora imperan los turcos.

—Vine a Italia con documento legal, Fra Diávolo. Y por moraleja he sacado en conclusión que las apariencias engañan. Pero también saco en limpio que no me voy de tu tierra sin cobrar la deuda italiana que Bruno Bronzo me legó. Presto estoy, pues, a oírte. Divaga cuanto quieras y si tu historia de Venecia me sugiere alguna posibilidad, podrás contar conmigo. Vamos a tu topera, que se me antoja más agradable que esta mansión de cobardón embustero, que falló a la amistad del que le confió sus caudales.

—¡Y mentía patriotismo! —murmuró escandalizado Fra Diávolo.

Ambos se deslizaron por el muro, ayudándose por hendiduras y lianas. En el jardín, Luigi Gogliardini, Diego Lucientes, “Piernas Largas” y “Cien Chirlos”, a caballo, pusieron sus monturas al trote, tras los dos que, sin pisar la grava, abandonaban el muro por el que acababan de descender, y, taloneando los ijares, partían al trote apenas saltaron encima de las sillas.

Ladró lastimeramente Luigi Gogliardini, y del interior de la “Quinta Borghese” fueron saliendo en estratégica retirada los demás que hasta entonces habían vigilado a la servidumbre.

La cabalgata acaudillada por Fra Diávolo y el Pirata Negro, que

marchaban pierna contra pierna, tomó el camino que conducía a la carretera florentina.

Capítulo IV

LORENZA FOSCO Y EL VIZCONDE DE CIIATERANTON

Veinte leguas al sur de la ciudad veneciana, en el “Albergho Colonna”, tres viajeros, sin abandonar el interior de la carroza que ocupaban, llamaron al posadero que, indeciso, manteníase en el quicio, sin atreverse a descender los peldaños de la escalera de entrada.

La carroza llevaba la marca toscana, y el posadero considerábase veneciano. Acudió, sin embargo, presuroso cuando por una de las ventanillas asomó un arrugado semblante senil enmarcado de grisáceos cabellos ralos.

—¿No me reconocías, Bandello? —preguntó una voz cascada.

Poco faltó para que el posadero se arrodillase.

—Mil, perdones, Misser Fosco. Se acerca el crepúsculo y a su luz no divisé más que la marca toscana en las portezuelas. Excusadme la torpeza, Misser Fosco. Vos sabéis que todos los venecianos os reverencian. ¿No me haréis la merced de reposar un instante en la mejor de mis salas?

—No puedo detenerme, Bandello. Mi esposa está sedienta, y me recordó tu excelente vino espumoso. También quiero que lo pruebe mi amigo, el caballero vizconde.

Desapareció corriendo el posadero, para regresar a los pocos instantes con una cesta de la que sobresalían varios golletes lacrados.

Y bajo el brazo llevaba también dos telas de color carmesí con el escudo veneciano. Cuando el postillón recogió el cesto depositándolo en el suelo del interior de la carroza, ayudó al posadero a colocar, colgando de cada una de las ventanas, la tela carmesí que cubría el escudo florentino.

Despidióse el anciano Iago Fosco, y alejóse la carroza. Maese Bandello, con admirativo semblante, tomó por testigo a uno de sus ayudantes:

—Salió también con vida Iago Fosco de su visita a Florencia. Si hermosa como la que más es Lorenza Fosco, valiente y audaz como ninguno es Iago Fosco.

—Ya fué más que valiente al desposar a tan linda dama, maese-dijo con sorna el pinche.

—¡...! —y por unos instantes la boca del posadero hallóse repleta de intraducibles expresiones, con las que insultaba al atrevido pinche con toda la riqueza idiomática de la italiana parla —. ¡Osado mequetrefe! ¿Insinúas acaso algo contra la acrisolada virtud de Lorenza Fosco?

—Ciego me quede y mudo me vea, si fué ésta mi intención, maese Bandello-replicó el pinche, compungido —Yo quería decir que por la edad de maese Iago Fosco, era heroísmo en él, haberse casado con tal belleza, que teniendo cerca y no pudiendo catar ha de sentir una tortura como dicta que era para Tántalo el tener a su alcance sabrosas frutas que...

—¡Calle el ignaro mozalbete! —atajó dignamente el posadero—. Hombres como Iago Fosco no tienen edad y mujeres como Lorenza Fosco no tienen... no tienen aspecto corpóreo, porque ambos no viven más que para un solo fin: el renacimiento del poder de Venecia, con el triunfo contra sus declarados enemigos los turcos y el aplastamiento de los solapados florentinos.

✲ ✲ ✲

Al huir de Florencia[2], el vizconde Jean Chateranton, considerando obsequio de la fortuna que hubiera sido tan bella mujer la que el azar hubiese puesto en su camino, hallose elocuente y dispuesto a conversar.

Quitando importancia a la escaramuza en que poniendo fuera de combate a los esbirros de la justicia, había salvado de prisión a Iago Fosco y a la que suponía su hija, por la evidente y gran diferencia de edades, el joven francés manifestó quién era.

Explicó que el rey Luis XIV 1e había designado a él y los señores Roncher, Tallien y Derbeaux, como enviados extraordinarios cerca del Gran Duque de Florencia, con una misión que a no dudar tenía que merecer el beneplácito de Iago Fosco ya que tratábase de

intentar la unión de florentinos y venecianos, para luchar en común contra el enemigo otomano, que si vencía a los venecianos podía invadir el norte de Italia, amenazando en su expansión el sur de Francia si hallara salida al Mediterraneo. Pero reconocía que habían fracasado, ya que el Gran Duque habíase negado rotundamente a aceptar aquélla sugerencia.

Iago Fosco explicó también su continua lucha para procurar amenguar los constantes debilitamientos que la solapada y artera política florentina, producía en la ciudad de los canales, que antaño había sido dueña y señora del Adriático, y la más temible y poderosa de las Repúblicas italianas.

Cuando también en excelente francés intervino Lorenza para exponer la continua y peligrosa tarea de Iago Fosco, de que ella se consideraba muy orgullosa de poder ayudar al hombre tan venerado por los venecianos, el vizconde, al principio, más que escucharla, bebía las palabras que con su dulce acento iba diciendo la encantadora veneciana.

Se aproximaban ya a los parajes dónde se alzaba la posada de Maese Bandello, cuando repentinamente, una frase de Lorenza produjo en el joven francés la misma impresión lacerante que un latigazo en pleno pecho.

—...y al unirnos en matrimonio, lo hicimos platónicamente, para poder laborar mejor en bien de nuestra patria.

Siguió ella hablando, pero ya el francés no oía nada. Tan sólo sentía un martilleo en su pecho. Un martilleo que repetía constantemente: “Está casada... Está casada...”.

Casi no pensaba ya en la original apuesta que le había propuesto Lord Pegrey, y de la cual no obstante dependía el seguir conservando su fortuna. De temperamento romántico e impetuoso, el vizconde Chateranton habíase enamorado de Lorenza Fosco con pasional vehemencia repentina, excusable por el seductor y fascinante atractivo que emanaba del menor de los gestos de la veneciana.

El alto en la posada de Maese Bandello, sirvió para que el francés recuperase en parte el dominio de sí mismo, y consiguió apartarse de la contemplación de la hermosa veneciana, para intentar prestar atención a lo que decía el anciano Iago Fosco:

—Residimos en la “trattoria de Chio”, al exterior de la laguna.

Una modesta casa, y es para mí un honor, señor vizconde, brindaros hospitalidad por cuanto tiempo penséis permanecer en mi amada ciudad. ¿Conocíais ya Venecia?

—Nunca vine a ella antes de ahora, messire.

—Os encantará, porque es espiritual y alegre al modo de París. ¿Y dijisteis que vinisteis a Florencia con misión especial de su Majestad?

—El rey de Francia hace votos por la unión de Florencia y Venecia...

—¡Nunca! —denegó acaloradamente el anciano.— Nuestra independencia siempre se mantendrá. Agradezco sin embargo la buena voluntad del monarca francés, aunque comprendo que pide imposibles.

—Se estima en París que la unión de los italianos, podría alejar del Adriático a las fuerzas turcas, messire. Yo no soy político, sino militar. Por eso quizá os puedo hablar clara mente y sin temor a que interpretéis como irrespetuosas mis propias opiniones.

—Me encantará oíros, señor vizconde. Hemos llegado.

Descendió primero el francés ofreciendo su brazo al viejo Fosco. Del interior de la casita solitaria, blanca y coronada de terrazas, salieron varios lacayos y dos doncellas.

Poco después, una confortable cena devolvía el buen ánimo al vizconde de Chateranton, que para esforzarse en no mirar a Lorenza, atendía con suma cortesía a las explicaciones de Iago Fosco sobre la historia veneciana:

—...y por su gobierno oligárquico, Venecia se halla alejada de toda política internacional. La justicia está en manos del Dux que la administra por mediación de su Consejo de los Diez...

—Ahí es donde quiero exponer mi opinión, messire, siempre y cuando no os ofenda que, como militar, os hable con claridad.

—Hablad, señor vizconde. Me es grato oíros. Sois además súbdito imparcial y extranjero, y por encima de todo, recuerdo que no ha mucho los franceses ayudaron a Venecia.

—Yo estimo, y muchos en Francia comparten mi opinión, que el Consejo de los Diez es un siniestro tribunal.

—Oh, no, señor vizconde. Tened en cuenta que debe actuar con mano dura para evitar las muchas conspiraciones que los florentinos suscitan y fomentan.

—Venecianos hay refugiados en París, que comentan el atroz suplicio del senador Foscarini, que fué acusado falsamente, y condenado a muerte. Cuando ya se había cumplido la sentencia, el Consejo de los Diez reconoció que se había equivocado.

—Un error del que no está exento gobierno alguno.

—Pero si nos apartamos de la cuestión interna, reconoced que Venecia necesita y precisa de auxilio para seguir combatiendo el poder otomano, que la amenaza por el Adriático.

—Son muchos los años que llevamos de lucha. Empezó en el siglo xv, y permitidme recordaros que sólo nosotros entendemos a los turcos. ¿Conocéis la historia de la isla de Candía y su principal ciudad La Canea?

—Sé que en ella murieron muchos franceses que os vinieron a ayudar, messire.

—En efecto. Perecieron por desconocer la fuerza otomana. Empezó en 1645, cuando una flota otomana hizo vela Scío, sitiando La Canea y tomándola. Venecia entregó el mando de su escuadra a Jerónimo Morosini y este jefe volvió a dar brillo al poderío veneciano en el mar. Este valiente y audaz capitán bloqueó La Canea y envió a Tomás Morosini a cerrar la salida de los Dardanelos para evitar que los turcos pudieras irrumpir en avalancha por el Jónico pero el número excesivo de los enemigos hizo impracticable este proyecto. La guerra siguió con muchas alternativas, muriendo en una de las refriegas Tomás Morosini y siendo derrotada la flota turca, logrando los venecianos bloquear los Dardanelos Pero en 1650, la escuadra otomana logró forzar el bloqueo y llegó a Focia. Una parte de la flota turca fué incendiada, pero la otra logró escapar y reunirse con la de Candía.

—Candía es la isla que nosotros llamamos de Creta, ¿no es así?

—Cierto. Cuando la flota turca rodeó Candía, Morosini, almirante en jefe veneciano, concibió el audaz proyecto de — incendiar Constantinopla y destruir su flota. El Senado no consintió en tan arriesgada expedición, y por eso Morosini hubo de reducirse a planear cruceros infructuosos. El almirante Mocenigo hostigaba Candía pero el Senado pidió la paz que desdeñosamente rechazada por los turcos. Continuó la guerra y Mocenigo hizo de nuevo vela para Candía, mientras Dulfino derrotaba a la escuadra turca ante los Dardanelos. Pero la larga duración de la campaña desalentaba al

Senado, a pesar de los brillantes éxitos de Morosini en Malvasía. Vino la victoria, de Marcello que aunque le costó la vida, ganó para Venecia las islas de Ténedos y de Lemnos, haciendo recobrar prestigio europeo en Oriente. La campaña siguiente fué adversa para las fuerzas venecianas, que lamentaron la muerte del bravo Mocenigo. Fué entonces cuando desesperada, la República pidió auxilio a Mazarino, pero no se obtuvieron sino promesas. En 1660 el dux Contarini consiguió un refuerzo de Luis XIV, con el cual se puedo atacar La Canea. Un ataque que resultó infructuoso y que costó el relevo de Morosini.

—Era harto frecuente tal cosa en la guerra turco-veneciana, ¿no es así, messire?

—Os explico todo esto, porque quiero llegar al momento en que vuestros compatriotas, por no conocer la fuerza turca, que menospreciaban, perecieron estérilmente en Candía. Sabed también que en el fondo, el origen de la última guerra entre nosotros y los otomanos, proviene de una imprudencia de un general francés.

—¿Os referís a Gabriel Baudran?

—Sí. Ya de por sí fueron tirantísimas las relaciones entre Venecia y La Puerta, pero se rompieron violentamente, cuando Ibrahim, gran “padichá” de Estambul, supo que el general de la Orden de Malta, Gabriel Baudran, se apoderó de unos barcos que conducían gran multitud de musulmanes en peregrinación a La Meca, llevándolos cautivos a Candía, para trasladarlos después a Malta. Lleno de indignación, declaró Ibrahim la guerra santa a la poderosa Orden y desembarcando cincuenta mil hombres en la isla de Creta puso sitio a La Canea, que cayó en sus manos antes de que pudieran llegar las escuadras al mando del valeroso y experto Jerónimo Morosini. Éste logró vencer provisionalmente, encerrándose en La Canea, y defendiéndola con admirable tesón, rechazando victoriosamente por espacio de dieciocho años todos los ataques dirigidos por los sitiadores contra sus murallas. El año 1666 fué un año de supersticiosos terrores en toda Europa, que los terribles terremotos de La Meca y de Egipto parecieron justificar ,en cierto modo. Los cristianos temíamos la llegada del Anticristo. Por eso cuando aquel año el propio Visir Kuproli se trasladó a Candía para dirigir personalmente las operaciones del asedio, acumulando alrededor de la plaza más de ochenta mil hombres, Su Majestad

Cristiana el rey de Francia decidió enviar fuerzas de auxilio.

—El duque de la Feuidalle primero, y después el almirante Beaufort y el duque de Navailles.

—En efecto. ¿Qué ocurrió? El duque de la Feuidalle, de imprudente valor y total desconocedor de las cualidades innegables del enemigo turco, propuso a Morosini una salida fuera de las murallas. Morosini no quiso exponer por un capricho jactancioso la vida de sus soldados. El duque de la Feuidalle en un arranque de admirable e irreflexible audacia, salió al frente de los franceses, empuñando un látigo, con el que manifestó azotaría al propio Visir. Sucumbieron todos los franceses.

—Dejando bien patente su valor, messire.

—Que nadie pone en duda. Después vino el almirante Beaufort escoltando al ejército del duque de1 Navailles. Quisieron con propósito digno del mayor encomio, atacar a los turcos en terreno libre, y también perecieron todos. Estos dos fracasos, hicieron ya que Francia se abstuviera de intervenir, y Morosini, al quedarse solo con tres mil hombres de guarnición, extenuados de cansancio y diezmados por las enfermedades, capitularon honrosamente. Un sitio de más de veinte años que costó treinta mil hombres a nuestras fuerzas, ocho mil a los franceses, y ciento treinta mil a los otomanos. Os he contado la historia de Candía, para poner en claro que en esta lucha el desconocimiento de los extranjeros les hace cometer errores. Y ahora, excusadme, señor vizconde, pero nuestra huida de Florencia me tiene algo fatigado. Con vuestro permiso, me retiro. Lorenza os mostrará la casa, que está por entero a vuestra disposición.

Retiróse el anciano, y al verse solo con la que ya era para él una obsesión, el vizconde Chateranton intentó evadirse del impalpable pero tenaz cerco de fascinación que sentía a su alrededor, contemplando a la joven.

Para eludir aquella sensación, acudió al procedimiento de continuar en la árida cuestión política:

—Es lamentable que después de tantos éxitos, la escuadra veneciana tenga que mantenerse ahora en Corfú, el canal de Otranto y el golfo de Tarento, mientras los turcos se hallan en Morea, Corinto y Candía, dominando todo el mar Jónico.

Lorenza Fosco se levantó sonriente, tendiendo su diestra.

—Abandonemos estas materias, señor. Habéis oído que Iago me ordenó que os mostrase la casa.

—Es tarde, señora. Estaréis fatigada.

—¿Lo estáis vos?

—No.

—Entonces, aceptad que sea vuestro “cicerone” y bajo el dosel de las estrellas os muestre desde lejos a mi amada ciudad.

Dominando su íntimo desasosiego aceptó Chateranton la mano que se le brindaba para guiarle por las escaleras. Subieron hasta una amplia terraza, y allí, la frescura de la noche, hizo que Lorenza soltando su mano, cruzara ambos brazos ante el pecho para ajustar los pliegues de su chal.

Desde la altura de la solitaria casita, veíanse en lontananza las luces de la plaza de San Marcos y el Rialto, mientras múltiples lucecillas, minúsculos puntos rojos, denotaban el movimiento incesante de las góndolas.

La obscuridad, sólo vencida por el titilar de las estrellas, dió un valor repentino al francés, que gordamente murmuró:

—Dejad que bese vuestra mano, señora, como despedida y me iré, regresando a Venecia.

—¿Por qué tan pronto?

—Es preciso.

—¿No queréis honrarnos admitiendo nuestra hospitalidad?

Guardó silencio Chateranton. Le resultaba imposible explicar la extraña y original apuesta que Lord Pegrey habíale propuesto contra toda su fortuna perdida en el juego.

Comprendía que Lorenza se ofendería si se lo explicaba. Y tampoco podía honestamente requerir de amores a la esposa de Iago Fosco, porque el veneciano no era rival al cual poder retar espada en mano, como con su peculiar sentido de la caballerosidad, estimaba que era su deber el francés.

—Estáis cohibido, señor. ¿Por qué no habláis?

—Temo, señora, decir cosas impropias de quien aceptó la hospitalidad de vuestro esposo.

—Iago Fosco no es un vulgar marido. Como hombre no le quiero, ni él me ama como mujer que soy. Nos unimos para laborar por el bien de Venecia, no con cariño amoroso, sino con afecto de amistad.

Sorprendido, Chateranton continuó sin hallar palabras. En la obscuridad siguió ella diciendo al cabo de un instante de pausa:

—Os hablo así, porque no hay luz, y puedo dejar que mi corazón hable por mis labios. Decidme, vizconde, ¿por qué intervinisteis cuando los soldados florentinos me atacaron? Sabéis que estábamos acusados de conspiradores Iago y yo.

—Intervine porque ante un Chateraton nadie ataca impunemente a un anciano y a una dama.

—¿Nada más?

El sortilegio de la voz acariciante hizo perder toda reserva, al joven francés, que impetuosamente, habló a borbotones, como cascada desbordante:

—Apenas os vi aparecer en el umbral, Lorenza, sentí esa extraña sensación que los poetas definen como el flechazo de Cupido. Comprendí que no amaría a ninguna mujer, porque vos estabais ya por entero en mi corazón. Después... al saber que erais la esposa del hombre que supuse primero era vuestro padre ... entonces sentí toda la intensa desesperación de un amor imposible. No podía arrodillarme y rogar que compartierais mi ardor. No podía retar a Iago Fosco, porque es senil y débil. No puedo... no puedo hablaros de amor, porque es acción cobarde, ya que un hombre confiado me ha brindado hospitalidad... Y todo mi ser gime torturado, Lorenza, porque al marchar de aquí, parto con el corazón destrozado... ¡Os quiero, Lorenza!...

Cayó arrodillado el joven francés, y el ímpetu sincero de sus palabras emocionó a la veneciana, ya bien dispuesta de antemano por la prestancia varonil y la gallarda energía del aristócrata y oficial parisino.

—Os atormenta un escrúpulo vaso, Jean... Iago está muy por encima de los ridículos celos. Sólo vive con el afán del triunfo de Venecia. Yo no soy para él una esposa, sino una auxiliar. Olvidad a Iago Fosco, Jean. Contemplad tan sólo las estrellas y esta noche veneciana.

Levantóse Jean de Chateranton, aun indeciso. Pero su vacilación fué muy breve. Y el mundo dejó de existir para el joven oficial de la guardia real, y un profundo éxtasis amoroso se adueñó de sus sentidos cuando estrechó entre sus brazos a la hermosa veneciana.

Capítulo V

EN LAS TOPERAS DE FRA DIÁVOLO

La cabalgata acaudillada por Ángelo Buoncuore y Carlos Lezama se detuvo cuando ellos dos lo hicieron sobrepasado ya el pueblo de Viterbo y adelantados en la ruta de Florencia.

Fra Diávolo alzó los dos brazos, gritando estentóreamente:

—¡Cada uno a su sitio! ¡Luigi!

Sus dos exclamaciones, perforando e1 silencio de la noche que envolvía la campiña circundante de olivares y brezales, pareció ser fórmula mágica que obrase por encantamiento.

Los jinetes que iban a retaguardia dispersáronse, separándose e invadiendo los flancos de la carretera. Fueron desapareciendo con sus monturas como si la tierra se los hubiera tragado:

El Pirata Negro conocía ya los ingeniosos hoyos, ocultos por ramas, que a modo de toparas servían de refugio y morada al núcleo principal de la cuadrilla del bandolero.

Luigi Gogliardini aproximó su montura a la de su jefe. A retaguardia del Pirata Negro, quedaron Diego Lucientes, "Cien Chirlos" y "Piernas Largas".

—Comparte la cena con los tres españoles, mientras yo hablo con mi predilecto y particular amigo-dijo en español Fra Diávolo. —¿Quieres tener la bondad de indicárselo así a tus hombres, capitán Lezama?

El Pirata Negro asintió, y poco después, atendiendo su indicación, Diego Lucientes, "Cien Chirlos" y "Piernas Largas", seguían al segundo de Fra Diávolo, perdiéndose de pronto con él en uno de los innumerables hoyos abiertos a ambos lados de la carretera.

Fra Diávolo, al quedar solo con el Pirata Negro, habló con su

característica voz melodiosa de bajo:

—Hónrame compartiendo mi cena en mi topera, pirata.

—Todo el honor es mutuo, bandido. Enséñame el camino.

Instantes después, los dos caballos descendían la rampa en declive que desde lo alto conducía a las originales catacumbas. Desmontó Buoncuore, entregando las riendas y las de la montura del Pirata Negro a un macilento individuo que pareció surgir de las sombras.

—¿La cena, Bamboglio? —inquirió el bandolero.

—Dispuesta, Angelo.

Avanzó en la obscuridad Fra Diávolo, hasta entrar en un vasto espacio subterráneo, de forma rectangular, amueblado cómodamente. En el centro, iluminado por las cuatro antorchas empotradas en las esquinas de la sala, una mesa y algunos sillones aguardaban a varios comensales a juzgar por la abundancia de manjares y fraseos diseminados por encima del rico mantel.

Sentóse Lezama en uno de los sillones, mientras Fra Diávolo en una esquina del aposento, lo hacía ante un espejo, maniobrando en la pequeña mesita de tocador sobre la cual además de muchos objetos heterogéneos, hervía el agua de un recipiente sobre un hornillo.

Poco después, el agua caliente despegaba del rostro del bandido la barba postiza. Quitóse el sayal, y del torso desnudo apartó la bandolera que sostenía los puñales y las pistolas.

Quedó vestido simplemente con pantalón corto y sandalias. Era hercúleo y de agradable aspecto… Se sentó al otro lado de la mesa, frente al Pirata Negro.

—Te cuidas bien, Angelo. Y me tratas con mucha ceremonia desde que me dijiste que ibas a narrarme algo de historia de Venecia. Tengo apetito.

—Yo también. Comamos ahora, que panza llena da ideas claras.

Por espacio de un cuarto de hora, en silencio, ambos demostraron ser eficaces devoradores. Con un último sorbo del tercer frasco, Angelo Buoncuore limpióse la boca con el dorso de la mano, emitiendo después un suspiro satisfecho.

—Buen provecho, capitán Lezama.

—A ti también. Buenas carnes, buenos, vinos. ¿Por qué me llamas capitán Lezama?

—Porque me conviene que además de pirata sepas ser capitán. Tengo ambiciosos proyectos, pirata. Quiero para Italia fortaleza y justicia,

—Para conseguirlo tú impones el orden en las carreteras, ¿no?

—En parte, sí. Tú y yo somos inteligentes, Lezama.

—Y modestos.

Rió Angelo Buoncuore y su poderosa musculatura tuvo estremecimientos como eco a su carcajada.

—Este es un siglo de embaucadores inmodestos, que pasarán a la historia por acometer grandes empresas. No por el placer de honores, capitán Lezama, que demasiado valemos tú y yo para parar mientes en tales pequeñeces, como lo son el halago y el incienso de la masa borreguil. Si no existieran seres como tú y yo, privilegiados y amantes de los proyectos más descabellados, la historia mundial sería aburrida y vulgar con tantos egoísmos.

—¿Quieres acometer empresa que grabe tu nombre en letras de oro en las mohosas páginas de la historia?

—Oh, no. Yo quiero ascender a una cima, no por llegar a ella, sino por el placer de la ascensión. No aspiro a títulos, porque el Gran Duque de Toscana puede hacer duques a montones, pero Fra Diávolo sólo hay uno, y nadie puede igualarle.

—Tus verdades nada tienen que ver' con lo que me interesa. Yo vine a Italia para percibir una fortuna...

—De eso quiero hablarte. Ahora que Reggio ha pagado con la vida su deshonestidad, nada queda resuelto para ti. ¿Dónde hallarás trescientos cincuenta mil ducados?

—Lo ignoro. Pero por ellos vine.

—Déjame, entonces divagar a mi modo. Cuanto digo tiene una finalidad, capitán Lezama. Yo amo a Italia más que si fuera la más hermosa de las bellas. No quiero ser tan sólo un bandido justiciero y generoso, cuya recompensa será morir en la horca. Quiero hacer algo o intentarlo al menos, que pueda afianzar la solidez de esta Italia mía dividida en luchas fratricidas.

—Te prefiero hablando así, a oírte latinajos cuando vistes sayal.

—Soy un soñador del bien, e intento realizarlo por la vía del mal. “Errare, humanum est” —añadió sonriente—. Yo lo puedo resistir todo, menos la tentación... A veces soy casi santo, pero por éste casi me quedo en hombre a secas. Ahora bien, en lo que no

tengo indecisión, es en mi amor por Italia. Y por ella me he impuesto un deber.

—El deber es lo que esperamos que hagan los demás.

—Sí. Yo necesito de otros. Necesito de Bernabei Simone, necesito de Iago Fosco, necesito de Cosme Duranzo y necesito de ti.

—¿Por qué precisas a Bernabei Simone?

—Es mi amigo íntimo. El es quien tiene que escuchar la exposición de mi gran proyecto que tildará de descabellado y, sin embargo, no es un edificio montado en arena, sino que ya puede asentarse sobre tres sólidas rocas: yo, tú y Bernabei.

—¿Yo? Italia me trae sin cuidado.

—Aportar tu capacidad única, valdría trescientos cincuenta mil ducados que de ninguna otra manera podrías conseguir.

—Sigue. Me interesas.

—En Bernabei confío porque es probo e inteligente. Él podría convencer a Cosme Duranzo y también a Iago Fosco, aunque éste sea enemigo de los florentinos. Pero es un patriota. Además, tú no conoces un secretillo, Iago Fosco es viejo, pero está enamorado locamente de su joven esposa, que le desdeña como hombre si bien le admira como valiente conspirador. He logrado colocar junto a Iago Fosco a un apuesto francés, el vizconde de Chateranton, que hará lo que le diga Lord Pegrey.

—Complicado es eso. ¿Quién es tu Lord Pegrey?

—Ahí está-y señaló Fra Diávolo la mesita-tocador.

Contempló el Pirata Negro por unos instantes el rostro rasurado de su interlocutor que añadió:

—Una peluca rubia, pintura, ademanes mesurados, tiesura y hablar por entre dientes, me convierten en un perfecto inglés. ¿Qué creías, capitán Lezama? ¿Que yo era un bandidillo de caminos? Soy grande y único. No lo dudes. Una muestra: Tengo varias casas. Una en •Florencia, otra en Roma. En ambas soy Lord Pegrey, y grandes servicios he prestado a la causa italiana en mi papel de Lord. El último fué pintoresco: Invité como Fra Diávolo a los cuatro oficiales de la embajada francesa residentes en Florencia. Vinieron aquí, acuciados por la curiosidad de muchos nobles y honestos burgueses. Aquí, en una de mis toperas, Lord Pegrey ganó toda su fortuna al vizconde Chateranton. Y entonces le hice una apuesta: Todo lo que había perdido bajo palabra y diez mil luises más si se comprometía

por su palabra de honor ante testigos, a casarse con la primera mujer que encontráramos al entrar en Florencia.

—Ingenioso. Tus dedos son hábiles y eres florentino.

—Nací en Nápoles, pero me eduqué maquiavélicamente bajo la tutela de Bernabei Simone. El francés, levemente embriagado e impetuoso, aceptó…

—…y tú ya sabías cuál sería la primera mujer que hallaríais al entrar en Florencia.

—Así es. Era Lorenza Fosco, que aparentemente al servicio de Venecia, es espía de Bernabei Simone. En la apuesta que como Lord concerté con el vizconde, se estipulaba que si no quería o no podía casarse con la primera mujer que apareciera ante él, quedaría entonces obligado a cumplir cuanto yo le indicase.

—¿Qué fin persigues? ,

—Yo no. Bernabei. Él dispondrá. Caben dos posibilidades. Lorenza es fascinadora… (por cierto que siente mucha debilidad por mí… mantengámoslo en el más profundo de los secretos…) Enamorará al joven francés y si Iago no accede a lo que Bernabei pueda sugerirle, no habría nada de extraño en que el Viejo veneciano cayera bajo la espada de los celos del vizconde, Si no, también interesaba la influencia de Lorenza sobre el vizconde. Es francés, y la ayuda francesa siempre es digna de tener en cuenta. De los informes que pueda mandar Chateranton a Francia, dependen muchas cosas.

—Bien. Todo eso lo he comprendido. En tu gran proyecto descabellado ¿qué papel piensas jugar?

—Te daré una leve noción histórica y actual de Venecia. Internamente, los crímenes de toda clase se multiplican por la pérdida del sentido moral: ¡“O tempo, o mores”!. Allí está prohibido el uso de barbas, postizas, con que muchos malhechores perpetraban sus delitos. ¡Horror de horrores! La obscuridad, las estrechas calles, las aguas de los canales, todo favorece a los sin ley. ¡Qué repugnancia! Todo es frivolidad en Venecia. Los ricos señores, los diplomáticos ociosos, los artistas en busca de recursos y Mecenas, todos se dirigen a Venecia, que también acoge a los proscritos y desterrados de otros países. ¿Ves tú lo mezclada que resulta la sociedad veneciana? Pero los burgueses y el pueblo claman por un poder mejor que el siniestro consejo de los Diez. Una

mano férrea que imponga orden. Yo haré que clamen y se desgañiten pidiendo esta mano férrea. Quiero que Cosme Duranzo, el íntegro, el probo, el santo, el asceta, actualmente “podestá” de Florencia, sea llamado por Iago Fosco, para imponer orden en Venecia. Quiero que Iago Fosco vea la utilidad de entregar la seguridad de Venecia a cuatro dogos. Él, como primero, y Bernabei, Cosme y Zergo Zanni, el almirante de la escuadra veneciana que lucha contra los turcos.

—Una ensalada, Fra Diávolo.

—En la que tú y yo vamos a ser el vinagre. Yo como hombre de paja de Cosme Duranzo, tú como avanzadilla del almirante Zergo Zanni. Florencia tiene un bandido de mi talla, pero no tiene hombre de mar alguno. Tú vas a ser la roca que Bernabei Simone presente como una de las bases del sólido edificio en que asentar la unión de Florencia y Venecia, adictas al viejo Iago.



...morded duro... pero a los turcos.

—Vayamos por partes. Hasta ahora sólo veo a cuatro dogos: yo, Diego Lucientes y mis dos segundos. Dogos porque mordemos y vinimos a por oro. Tendremos, pues, que morder.

—Eso es. Morded, morded duro... pero a los turcos. Escucha, capitán Lezama, y me comprenderás. La política de Bernabei es, como florentina, sinuosa y complicada. Pero se realice, o no mi

proyecto, que él compartirá, de colocar en Venecia dos dogos venecianos y dos florentinos, tú puedes obtener de Bernabei Simone la seguridad de que te será pagada la deuda que no canceló Borghese.

—¿A cambio de...?

—A eso voy. Primero te indicaré cuál será mi labor. Yo y toda mi gente impondremos en Venecia el terror. ¿Cómo? Robando, asolando... Nadie se sentirá seguro de salir por la noche... Y así seré el hombre de paja de Cosme Duranzo. Este será llamado para eliminar a Fra Diávolo y su cuadrilla. Ya procuraré yo que no lo consiga, porque me iré, dejando la plaza libre. Cosme Duranzo, con su habitual dureza, pondrá en cintura a los restantes bandidillos y la gente de Venecia dirá que le es preciso un hombre como Cosme Duranzo que puso en fuga al famoso Fra Diávolo.

—Esto está claro. Ahora habla de mí.

—El almirante Zergo Zanni manda la escuadra veneciana que está acorralada por la otomana. Tú eres pirata y yo desconozco las cosas de mar, pero al igual que un bandido puede ayudar a Cosme Duranzo, máximo representante de la justicia, un pirata puede ayudar al almirante Zergo Zanni, máxima autoridad naval. Si Bernabei Simone puede ofrecer tanta ayuda a Iago Fosco, ¿no es posible que éste acepte la alianza con Florencia y cese de una vez por todas, la lucha entre ambas ciudades, que no consigue más que debilitar a Italia?

—Me convences. Hablas como un buen patriota. Pero ahora te hablaré yo como hombre práctico, que no vino a Italia en pos de ideales. Tanto se me da que reinen en Italia Fra Diávolos, Bernabeis Simones o turcos, o Lorenzas.

—Tú viniste por trescientos cincuenta mil ducados. Los tendrás. Yo te lo garantizo, y de ello dará fe Bernabei Simone.

—Mucho oro es para que Simone lo entregue a un hombre solo.

Fra Diavoio se puso en pie.

—Tú y tus tres dogos podéis valer mucho. ¿Cincuenta mil ducados por cada barco turco que hundáis, solo y sin ayuda, que no os puede prestar Zergo Zanni?

Sonrió también el Pirata Negro, levantándose, y aproximóse a la mesita tocador, de la que ya Angelo Buoncuore cogía una peluca de rizos rubios.

—Cuatro dogos españoles mordiendo en puertos turcos, solos... pocas probabilidades tienen de salir con vida.

—¿No querías los trescientos cincuenta mil ducados para dotar a una niña huérfana? Si perecieras en la empresa, yo te doy mi palabra de bandido, de que ésta que tú llamas muñeca será dotada. Pero yo soy Fra Diávolo y tú eres el Pirata Negro. Lo más descabellado que emprendamos, sería fracaso para otros. No para ti ni para mí.

—Quizá. ¿Piensas ahora proponerme una partida de naipes, que veo que recurres a las apariencias británicas?

—Iremos a visitar a Bernabei Simone. Yo te, presentaré, y si yo afirmo que tú puedes hundir siete barcos, lo creerá Bernabei.

—También creo yo que puedas tú sembrar el terror en Venecia.

—Me ayudarás.

—No lo creo.

—Será preciso, pirata. Ten en cuenta-y el florentino iba hablando mientras hábilmente iba maquillándola para completar su transformación —que Bernabei o Iago querrán saber de lo que eres capaz. Yo como Lord Pegrey y tú como español, haremos un viaje a Venecia, después de pasar por Florencia.

—¿Para qué?

—Para inculcar a nuestro modo en el espíritu del pueblo, que es precisa la intervención de un Cosme Duranzo, que reprima el bandidaje.

Volvió el Pirata Negro a sentarse, y de espaldas a él, habló Fra Diávolo:

—Tus tres dogos con Luigi nos aguardarán en Venecia. Cuando estén de acuerdo Bernabei y Iago Fosco, demuestra que vales los trescientos cincuenta mil ducados.

—Podría contestarte que no tengo por qué demostrarte que esos ducados me pertenecen legalmente.

—No los percibirías. Están en las naves turcas que se inmolan.

—La aventura me place y me repugna acudir a legalidades. Reggio Borghese me robó y siempre es consolador pensar que un honesto banquero se denigró hasta el extremo de robar a un pirata.

—También me resulta altamente confortante, pensar que Cosme Duranzo acrisolará aun más su fama de recto y justiciero, gracias a mí.

Poco después, el hombre que vestido con ropas que sacó de un armario, fué a saludar al Pirata Negro, nada tenía de común con el bandolero.

Era un alto y robusto inglés, rubio, de cejas claras, labios prietos y tieso continente. Y era perfectísimo el acento británico con el que, habló en italiano:

—Lord Pegrey te saluda, capitán Lezama. *¡"By Jingo"!* Me place leer en tus ojos que te agrada mi dominio del arte de la transformación. No tiene gran mérito. Hace muchos años que alterno el sayal con las ropas atildadas de Lord Ian Pegrey. ¿Ordeno a Luigi, mi segundo, que nos espere en Venecia, capitán Lezama?

—¿Por qué no? Luigi es tu lugarteniente.

—¿Hablarás, pues, a tus tres dogos en el sentido de que en compañía de Luigi aguarden en la ciudad de las barcarolas y las góndolas?

—No tengo inconveniente. ¿Qué más?

—¿Estás dispuesto a sustentar ante mi amigo Bernabei Simone tu descabellado propósito de suicidarte para obtener los ducados?

—Y dispuesto a demostrar que donde otros se suicidan, yo perduro. Que la muerte es mujer: ama al que la desprecia.

—Duro es tu corazón, pirata-sonrió Lord Pegrey —¿Desprecias a las mujeres?

—Las adoro. Comparé a la muerte con la casquivana caprichosa, no con la honesta, de mentalidad pura, que no necesita baldear su seso, porque es limpio.

—Triste es que no sean todas Dulcineas y que por imaginarlas así, hallemos sólo Aldonzas donde soñamos Dulcineas.

—¿No será porque nosotros somos muy Sanchos?

Fra Diávolo rió a la inglesa. Dejó oír una risita entre dientes.

—¡"By Jingo "! Somos iguales, capitán Lezama.

—¿Por Sanchos? ,

—Bien sabes a lo que me refiero.

—A nuestros ribetes quijotescos.

—Tú, acaso, que yo no. En esta, aventura, quiero ducados.

—¿Y para quién son? En fin, no precisamos elogiarnos mutuamente. Yo soy un magnífico bandolero y tú eres un soberbio pirata. Dos puntales que necesita, el honesto Bernabei.

Poco después, Luigi y los tres españoles entraban en el aposento,

donde un hierático y apuesto británico, escuchó al parecer con sempiterna indiferencia al Pirata Negro, que en español se dirigió a Lucientes:

—Vosotros tres iréis con el lugarteniente de Angelo Buoncuore y nos esperaréis en Venecia. Allí nos reuniremos. Tan seguro estoy de obtener aquello a por lo que vinimos, que os presagio próximas diversiones. Por el instante, hasta Venecia. A ti te encargo, señor Lucientes, el moderar tus ímpetus y no dejarte arrullar por barcarolas ni sonrisas de venecianas.

Se acercaba ya la madrugada cuando dos jinetas recorrían el trecho de carretera que conducía a la puerta Sur de Florencia. Uno de ellos era rubio e indudablemente británico, a juzgar por su forma de montar y su tieso aspecto.

El otro, moreno, y atezado, plasmaba una figura de recia contextura flexible meridional y en su rostro sardónico alentaba una sonrisa divertirla, cuando de vez en cuando, oía la charla inteligente del que, con acento británico, iba exponiendo sus peculiares ideas sobre el amor, el juego y la sociedad.

Capítulo VI

BEENABEI SIMONE APRUEBA, IAGO FOSCO DISCUTE, LORD PAGREY ARGUMENTA

Aunque la hora fuese temprana para recibir visitas en el suntuoso domicilio florentino del Secretario General de Estado, Su Excelencia Bernabei Simone, el propio mayordomo en persona salió a1 encuentro de los dos visitantes.

Si bien desconocía a uno de ellos, sabía, en cambio, que el rubio, flemático y original inglés que respondía al título y nombres de Lord Ian Pegrey, era persona predilecta de Su Excelencia, quien había dejado ordenado que fuera a la hora que fuese, Lord Pegrey hallara siempre entrada franca y la más ceremoniosa de las acogidas.

Por la deferencia sincera y no servil del mayordomo, comprendió el Pirata Negro que no se jactaba en balde el bandolero florentino de sus relaciones amistosas con Bernabei Simone. Conocedor de humanas psicologías, sabía ya Lezama a qué atenerse respecto al que en un principio le pareció un farsante excéntrico. Sabía ya que el apodado Fra Diávolo era sincero, inteligente y merecedor de confianza.

La presurosa entrada de Bernabei Simone, rechoncho y de rostro astuto, en el que brillaban los sagaces ojos que miraron rápidamente al acompañante del supuesto inglés, fué en un principio abiertamente cordial.

—Bienvenido, milord, bienvenido a esta vuestra casa.

—No es preciso que finjas, Bernabei. Llámame cuanto “milord” quieras pero es necesario que sepas que quien me acompaña es para mí tan de fiar como... ¿quién diría yo?... como el propio Fra Diávolo.

Cuanto antecedió fue dicho, sin embargo, en un italiano matizado de excelente acento inglés.

—El capitán Lezama, español, hombre de muchos mares-presentó Angelo Buoncuore.

—Bienvenido quien tan calurosa presentación merece de mi amigo, Lord Pegrey-dijo, amablemente Bernabei Simone.

Pero de pronto pestañeó asombrado y pese a todo el evidente dominio que tenía de sus sensaciones, miró boquiabierto hacia el que correspondía a su primera inclinación.

—Perdón, milord. Ni oí bien el nombre que dijisteis.

—Lezama, excelencia —replicó erguida la cabeza el que tan perfectamente adoptaba, el continente más apropiado para un verdadero lord— He dicho capitán Lezama. ¿Oistéis antes este nombre? Seguramente... No ha mucho, en esta misma sala, el “podestá” Duranzo, quiso saber los motivos por los que tenía que apresar a cuatro españoles, entre ellos, uno, el que al parecer los mandaba, un tal Lezama.

—Por favor, Angelo ...Mira que... empezó a decir Simone —Yo admito todas tus genialidades, pero...

—Soy Lord Pegrey, no debéis olvidarlo, Excelencia.

Bernabei Simone, más que sentarse, dejóse caer en una otomana. Angelo Buoncuore, sentóse y lo mismo hizo el Pirata Negro, en cuyo semblante no se leía el menor interés ni demostraba percibir las causas de la sorpresa del político.

—Explícate... explicaos, milord —rogó Simone, deslizando una mirada de soslayo hacia Lezama, a la vez que hablaba.

—Es sencillo. El capitán Lezama llegó a Roma en posesión de una legítima carta de pago firmada por Bruno Bronzo, que había confiado su fortuna a Reggio Borghese. Trescientos cincuenta mil ducados. La vida ostentosa de Reggio mereció ya, en varias ocasiones, vuestras críticas, Excelencia. Dijisteis, si mal no recuerdo, que las fiestas de Reggio no perjudicaban a Roma. Pero en ellas gastó caudales que no le pertenecían. Eso no incumbía a Fra Diávolo, pero éste se enteró de que mentía. De que era un falsario al pretender que el capitán Lezama exigió ducados, por ser un conspirador veneciano. Fra Diávolo cortó la lengua da Reggio... y Reggio murió a consecuencia del miedo, *¡“By jingo”!* Deplorable actitud la de Fra Diávolo, pero ¿qué se puede esperar de un

bandido? Más deplorable era la actitud do Reggio que tenía la obligación de ser honesto. Pero olvidemos esto, Excelencia. Vengo a hablaros de lo que ya en otra ocasión comentamos. El “cuadranvirato”. Cuatro dogos sustituyendo al Dux y al Consejo de los Diez. Vos, Iago Fosco, Cosme Duranzo y Zergo Zanni.

Hasta entonces, Bernabei Simone había contemplado con fijeza a Fra Diávolo, pendiente de lo que decía entre dientes, con los labios entrecerrados.

Miró ahora de pronto al que asistía a la conversación.

—Os dije Excelencia, que garantizo por entero al capitán Lezama. No me ofendáis poniendo en duda mi conocimiento de los hombres. En toda la tierra sólo confío en tres hombres: en mí, en vos y en este caballero pirata que nos escucha.

El sobresalto del florentino, produjo en el seudo inglés una sonrisa discreta, si bien los ojos reían… Carlos Lezama asintió mudamente, dedicando también una sonrisa irónica al propio Buoncuore, al decir:

—Me elogiáis en exceso, milord. Continuad, por favor. Ni en la corte de Londres vi tan distinguidos conversadores, como vos me resultáis.

—Gracias, capitán Lezama. Habéis oído perfectamente, Excelencia. Dije caballero pirata. Lo que nos hacía falta. Un hombre de mar, capaz de ayudar a Zergo Zanni, sin distraerle un solo hombre ni un solo barco, y hundiendo en cambio varias naves turcas, para facilitarle la labor. Como súbdito británico e imparcial, no tengo inconveniente en servir de mensajero y entrevistarme con Iago Fosco, al cual espero convencer de que 1e sería muy conveniente una charla con vos. ¿No deseábais firmar un convenio secreto con Iago Fosco? Dadle la seguridad de que un triunfo en el mar y la beneficiosa labor de Duranzo, pacificando Venecia al hacer huir a Fra Diávolo, serán los principios de la alianza. Tengo entendido que Fra Diávolo y su cuadrilla se encargarán del inepto Dux y su Consejo de los Diez. Decidme, Excelencia, ¿en cuánto valoráis la labor de Fra Diávolo?

—No tiene precio. No se podría valorar en oro… si lograse… si Iago Fosco aceptara la alianza.

—Uno de los puntales era lograr demostrar, pero tan sólo a Iago, que vos habíais conseguido el hombre que podía dar un triunfo a la

escuadra de Zergo Zanni.

—Cuando vos, milord, tanto confiáis en el capitán Lezama, no lo discuto. Pero un hombre solo... y en tierra enemiga...

—Un pirata de clase, Excelencia, conoce los recursos para conseguir resultados que están vedados a marinos disciplinados. Por motivos que serían largos de explicar, he decidido que por cada barco turco que hunda el capitán Lezama con sus propios medios y sin ayuda veneciana, los fondos florentinos le paguen cincuenta mil ducados. Os sé demasiado diplomático para que exterioricéis la menor sorpresa ahora que ya os habéis tranquilizado, Excelencia. No citéis salarios ni estipendios. Yo, como Lord Pegrey, os ruego tan sólo que me firméis un compromiso, en el que se estipule que de las arcas del Estado se pagarán cincuenta mil ducados oro por cada nave turca hundida o incendiada misteriosamente. Y con vuestra garantía y la mía, el capitán Lezama mu podrá partir seguro de obtener lo que vino a buscar a Italia, sólo que en vez de hallarlo en cofres de romano deshonesto, tendrá que exigirlo de puertos turcos. Pero antes será preciso que aprobéis mi proyecto del cuadranvirato,

—Os dije ya, milord, cuantas veces hablamos de esto, que todo depende de la aquiescencia de Iago Fosco. Yo apruebo.

—Basta entonces. Yo, como súbdito británico e imparcial, me entrevistaré con Iago Fosco. ¿Tengo plenos poderes para hablar con el veneciano en vuestro nombre?

Bernabei Simone sonrió, y levantóse para abrazar al sentado Fra Diávolo, que muy británicamente conservó un rostro imperturbable,

—Gracias te sean dadas, Angelo —murmuró—. Buena suerte.

Soltó su abrazo, para enfrentarse con el Pirata Negro.

—En cuanto a vos, señor español, tenéis mi palabra que por escrito entregaré a Lord Pegrey, de que os será facilitada la suma indicada, si lográis vuestro propósito, que ha de redundar en beneficio de la escuadra de Zergo Zanni. Todo depende ahora, para que partáis a tan arriesgada empresa, en que Iago Fosco acepte las sugerencias y argumentaciones de Lord Pegrey.

* * *

Lorenza Fosco ignoraba la verdadera personalidad del que por Bernabei Simone habíale sido presentado como Lord Pegrey.

Cuando el apasionado vizconde de Chateranton, estando con ella en la terraza, fué advertido por un lacayo de que Lord Pegrey

deseaba entrevistarse con él, Lorenza le acompañó hasta el salón en que el supuesto inglés hizo la presentación del capitán Lezama.

—¿Podéis decirme sí van a venir mis amigos Tallien, Roncher y Derbaux? —inquirió el francés.

—Lamento comunicaros que han ocurrido graves percances. Podemos hablar sin ambages delante de mi amigo, el capitán Lezama. No ignora nada de lo sucedido.

—Decidme ¿qué ha ocurrido? —preguntó Chateranton, apremiante.

—Yo logré escapar a las represalias del “podestá”, a raíz de que un malherido, denunció quiénes fueron los que liberaron a Iago Fosco y su distinguidísima esposa-y Lord Pegrey dedicó una salutación a la oyente.

—¿Y mis amigos? —volvió a preguntar el vizconde, con ansiedad.

—Presos-replicó lacónicamente el interpelado.

—¡Justo cielo! —exclamó alarmado Chateranton...—. ¡Parto ahora mismo hacia Florencia!...

—Y caeréis preso también, señor. Antes de marcharme, me entrevisté con Bernabei Simone, el secretario general, que, como no ignoráis, me distingue con su amistad y es además, un sagaz e inteligente prohombre de la política toscana...

—Perdonad que os interrumpa, milord. Pero si el Rey de Francia se entera de la situación de los miembros que componían su embajada...

—Fueron presos por haber incurrido en delito y nada vale la inmunidad diplomática, señor. Es preferible que os exponga lo que me dijo Bernabei Simone. Pero antes debo hablar con micer Fosco. Señora, ¿tenéis la bondad de rogar a vuestro esposo se digne recibirme? Decidle que traigo urgente mensaje, del cual depende la salvación de Venecia.

Salió ella, y el vizconde, en voz baja, murmuró:

—Tengo vuestra palabra de honor de que a ella nada le diréis de nuestra apuesta, milord.

—Seguro que no, señor. Sin embargo, he sabido al llegar que era la esposa de Iago Fosco. Por lo tanto...

—Haré cuanto me digáis, milord. Pero por favor, que ella nunca sepa que fué objeto de una apuesta.

—Inconsciente, señor. Fué pura casualidad. Vos no sabíais ni yo tampoco, que la primera dama con que tropezaríamos al entrar en Florencia fuera casada.

—Necesito liberar a mis amigos, milord.

—Lo conseguiréis. Bastará que inculquéis en micer Iago Fosco, la certidumbre de que si el Rey de Francia conoce algún triunfo de la escuadra veneciana, no tendrá inconveniente, en prestar su máxima ayuda a Venecia, si ésta se alía a Florencia. Si conseguís convencer de ello a Iago Fosco, os consideraré relevado de vuestra apuesta…

—Sois generoso, milord. Mi eterno agradecimiento…

Lorenza Fosco entró.

—Mi esposo os espera en su despacho, milord.

—Beso vuestras manos, señora. Venid conmigo, capitán Lezama. Dejemos al señor vizconde en la gratísima compañía de tan bella dama, mientras nosotros tratamos áridas cuestiones políticas.

Iago Fosco acogió en su despacho, con cordialidad, al que estimaba su salvador en unión del vizconde y los tres franceses[3].

—Os presento al capitán Lezama, que, por ser extranjero, como yo, es hombre imparcial. Me acompaña en misión especial. Venimos a hablaros en nombre de Bernabei Simone.

—Es mi enemigo.

—Es italiano, micer.

—Socava la fortaleza de Venecia.

—Propone ahora una unión para robustecer la debilitada patria que tanto amáis. No me interrumpáis, micer. El oro del que carecen las arcas venecianas os lo proporcionará Bernabei Simone. El orden de que carece la ciudad, os lo proporcionará Cosme Duranzo. Vos y Zergo Zanni, si dejáis hablar vuestra sangre italiana antes que vuestros enconos personales contra los florentinos, consentiréis en ser los dogos que con Cosme Duranzo y Bernabei Simone afiancen para siempre la unión de Florencia y Venecia, para mayor gloria de Italia y el total vencimiento de los otomanos.

—Disparatado, milord-replicó con su cascada voz el veneciano —. Los florentinos han sido siempre nuestros enemigos, más peligrosos que los genoveses, dada su vecindad.

—Oídme, micer, Yo, como súbdito extranjero, puedo hablar con toda imparcialidad. El pueblo veneciano detesta el Consejo de los Diez, y no siente simpatía alguna por el actual Dux, que es

incompetente. La escuadra veneciana necesita apuntarse algún éxito, para elevar la moral y el ánimo del pueblo. No hay orden en la ciudad. Se rumorea que Fra Diávolo y su numerosa cuadrilla, están camino de Venecia. Puede reinar el mayor desorden… Peligro desde fuera y por el mar, peligro dentro de los muros y canales… Sólo Cosme Duranzo, con su férrea disciplina y sus soldados, lograría apaciguar los ánimos. No pondréis en duda la capacidad y honestidad de Cosme Duranzo.

—Ha poco estuve en Florencia, milord, y bien sabéis lo que estuvo a punto de sucederme.

—Fuisteis como enemigo, micer. Bernabei Simone os brinda ahora una unión, un convenio secreto. Al principio bastaría con dos dogos visibles. Vos y Cosme. Más tarde, si Zergo Zanni se apuntara un triunfo, sería el tercer dogo. Y entonces, vos podríais comunicar al alegre pueblo veneciano que el cuarto dogo sería Bernabei Simone. Esto es, en líneas generales, el convenio que Bernabei os ofrece a la firma.

—La independencia de Venecia ha sido siempre mi mayor deseo, Milord. La empañaría si consintiera en unirme con Bernabei Simone.

—Vos seríais el Dux y jefe del cuadrunvirato. En fin, micer, pensadlo, y cuando os decidáis, mandadme llamar. Me hospedo con mi amigo el capitán Lezama, en “L’Albergho Graziella”, en la plaza de San Marcos. Quedamos vuestros servidores.

Era evidente que las lacónicas frases con las que Angelo Buoncuore había anunciado el vasto proyecto, había dejado a Iago Fosco pensativo.

La situación veneciana era comprometida. Tentadora era la oferta de Bernabei Simone.

Levantóse Iago Fosco para estrechar la mano de ambos visitantes.

—Debéis decidir cuanto antes, micer. No pienso permanecer mucho tiempo en Venecia, y mi amigo debe pronto saber a qué atenerse; o bien acudirá a ofrecer a Zergo Zanni su ayuda, o bien regresará a otras tierras. Buenos días.

El vizconde Chateranton salió tras Lezama y el supuesto inglés, y cuando éstos ya estaban en la calle, asió del brazo a Lord Pegrey.

—¿Creéis que puedo contar con la ayuda de Lorenza para

convencer a micer Iago de que debe aliarse con los florentinos?

—Por completo, señor. Y pensad que no sólo quedaréis relevado del compromiso de vuestra apuesta, sino que a la vez, serviréis los intereses del rey de, Francia y lograréis la libertad dé vuestros tres amigos. Os saludo.

Capítulo VII

LAS VIRTUDES DE LAS JOYAS

El día era brumoso. Al primer sol de la mañana había sucedido un cielo encapotado, que desprendía de 1a laguna y los canales un vaho neblinoso que velaba los contornos de los edificios.

Por las estrechas calles, en alguna de las cuales dos personas de frente no podían andar, la niebla obscurecía la visibilidad...

Fra Diávolo enlazó un brazo al del Pirata Negro.

—¿Te molesta esta familiaridad?'

—Proviniendo de tan excelente embajador como sois, Milord, siento un gran honor en que me dignéis con vuestro brazo.

—Simpatizo contigo como con nadie hasta hoy, español. Siento que vayas a perder la vida en tierras turcas.

—No vendáis mi piel de antemano, Milord. Primero es preciso que Iago Fosco acepte, y, por lo tanto, escriba al almirante Zergo Zanni explicándole qué es lo que me propongo.

—Lo hará. Fra Diávolo se encargará desde esta noche de convertir los canales en campo de batalla incruento. Sin víctimas, pero obligando a los venecianos a recluirse. Y adoran los festejos. Pedirán a voz en grito a Cosme Duranzo para que venga a por el bandido florentino.

—¿Y el Consejo de los Diez?

—¡Bah!... Obran sólo a base de delaciones. No tienen más que esbirros cobardes. Y a Fra Diávolo, cuando se lo propone, nadie, le da caza. ¿Has pensado tú en cuál será el mejor procedimiento para salir con vida de tu compromiso, y salvar la piel y hundir a la vez siete naves turcas?

—Cuatro dogos somos. También haremos una división. Mi primer oficial, con uno de mis lugartenientes, atacará por su parte.

No sé aún dónde ni cómo, pero no suelo pensar mucho las cosas, sobre todo cuando todo está aún en mero proyecto.

—Bien. Por cierto, capitán Lezama, ¿gustáis de ver joyas y oír la historia de ellas?

—Como pasatiempo no niego que es tentador, Milord.

—Recordaréis que Bernabei Simone me dió carta de introducción para el más rico joyero veneciano.

—Curzio Ciardo.

—No es veneciano de nacimiento, pero reside aquí hace mucho tiempo.

—Es calabrés, según os oí decir.

—Un extraño sujeto. Vino a Venecia y pronto se convirtió en el joyero más rico. Procedía de Sicilia. Dicen que era pastor. Vamos ahora a su casa.

—¿Pensáis comprar anillos para vuestras enamoradas, Milord?

—Quien sabe... Lo cierto es que Curzio Ciardo ganó su primer dinero ayudando a los piratas argelinos a apresar cautivos en Sicilia. Les servía de hacedor de señales. Aguardaba a que la guarnición estuviera, en relevo, y en noches sombrías guiaba, con su linterna, a los argelinos que, desembarcando de sus naves, asolaban el suelo de la isla. Después, amplió su fortuna prestando a los campesinos. Naturalmente se quedaba con muchas tierras. Hizo un viaje a Roma, donde adquirió las joyas de una noble familia arruinada. Después, fué a Nápoles... y siguió negociando. Es un rico tipo, pintoresco y charlatán. Tenía hace tiempo deseos de conocerle, pero mis muchas ocupaciones me habían impedido hasta ahora poder hacer un viaje a esta ciudad.

Doblaron una esquina, y poco después, entraban en una antesala amueblada espléndidamente, al fondo de la cual había un mostrador recubierto de terciopelo granate.

Tras él, un obeso individuo, de rostro redondo, donde sólo los ojos eran duros, aunque entonces aparecían sonrientes, saludó a los dos recién llegadlos.

—Curzio Ciardo, mis señorías. ¿En qué puedo servirles?

—Leed, Ciardo-y el supuesto inglés tendió un cuadrángulo de papel sellado —. Es carta de presentación de su excelencia Bernabei Simone.

El siciliano leyó:

“El portador, Milord Ian Pegrey, es un caballero inglés de alcurnia y fortuna, que desea visitaros, y al que os ruego atendíais.

Bernabei Simone

”Firmado v fechado a noviembre de 1710.”

El siciliano devolvió la carta de presentación y fué a cerrar la puerta de entrada a la antesala.

—No quiero que nadie nos interrumpa —dijo sonriendo servilmente—. ¿Deseáis algo en particular, excelencias?

—Antes se creía en gnomos, duendes y otros seres misteriosos, que participaban en la formación del reino mineral, Ciardo-dijo incisivamente Fra Diávolo, mientras el Pirata Negro sentábase junto al mostrador.

Curzio Ciardo estaba dispuesto a no extrañarse de nada. Olfateaba una buena venta, y no iba a manifestar extrañeza por las incoherencias de un británico.

—Hoy, en cambio, se habla de irradiaciones-siguió diciendo Fra Diávolo, siempre entre dientes, pero con claridad —. Irradiaciones que, al igual que las del sol y la luna, ejercen y provocan ciertos efectos. He oído decir que las piedras preciosas acumulan diversas fuerzas naturales, que, según sus cualidades, fomentan o impiden en sus portadores el desarrollo de fuerzas idénticas existentes en ellos.

—Indudablemente, Milord, indudablemente. Ya sabéis que desde muy antiguo se daba el nombre de talismanes a las piedras preciosas, que, según se asegura, estimulaban las fuerzas biológicas o de la mente. Dicen que el inventor de los talismanes fué cierto gigante que vivió antes del Diluvio universal.

—Dudo que así fuera. No quedaron testigos.

Rió servilmente el siciliano, como si acabara de oír algo muy gracioso.

—Frente a la teoría del Diluvio —dijo Fra Diávolo-hay muchas otras. Soy entendido en joyas, ¿sabéis, Ciardo? Las estudié como talismanes.

—Todas las piedras preciosas lo son, Milord.

—Los árabes afirman que la invención de los talismanes debe atribuirse al primer monarca egipcio. Sea como fuere, estimo que debo llevar conmigo algún talismán. ¿Qué me recomendáis, Ciardo?

El joyero hurgó bajo el mostrador y extrajo una caja, que abrió. Rutilaron gemas talladas, de irisados resplandores...

—La piedra preciosa más apreciada, Milord, y más distinguida, es el diamante, “el imán de la felicidad”.

Los largos dedos de Fra Diávolo jugaron con los diamantes de la caja, haciéndolos caer y elevarse en cascadas...

—Dicen, Milord, que da a quien lo lleva, valor y fuerza.

—No necesito valor, y fuerza tengo.

—Son un buen medio contra la pasión de ánimo, Milord.

—Sé dominar mis arrebatos, Ciardo. Muchas veces tengo delante mío a un gusano que pienso aplastar, y le dejo arrastrarse aún bastante tiempo, antes de pisotearlo. ¿Qué más cualidades tiene el diamante?

—Enciende en su poseedor la llama amorosa, Milord.

—*¡“By jingo”!* No me resulta conveniente recrudecer mis llamas. Son incendio que deploro.

—Son buena protección contra los enemigos, Milord.

—Eso quizá me resultaría más útil, pero debo decirte que no todos los diamantes traen suerte a su poseedor. Recuerdo la historia del diamante Hope, que no ignorarás procede de la India, y significa Esperanza. En el siglo xvi lo trajeron a Venecia.

—Sí, Milord. Un caballero inglés.

—No. Un bandido marino llamado Winighea, que fué colgado poco después de que la piedra fuera adquirida por un miembro de la familia de los dux Morosini. Estalló en esta ciudad la peste bubónica, y Morosini huyó a Florencia con la piedra, donde murió de la epidemia. El siguiente propietario del diamante fué el militar florentino Marsilio; poco después de adquirir la joya, su caballo lo echó por encima de sus orejas, rompiéndolo la espina dorsal. Compró el diamante un usurero llamado Cósimo...

—Fué apuñalado por Fra Diávolo, Milord-susurró Curcio Ciardo.

—En efecto. ¿Ves tú cómo el diamante no trae buena suerte? Enséñame otros talismanes.

Volvió el siciliano a hacer desaparecer la caja de los diamantes, y sacó otra cuyo contenido destellaba fulgores sangrientos.

—Rubíes. Sangre helada.

—Dan aguante y fortaleza, Milord, y estimulan la circulación sanguínea. Mirad ésta misma-y exhibió una ovalada piedra de

agresivo color rojo. —Fué la que regaló Pedro el Grande cuando era carpintero de buque en Amsterdam a Guillermo III de Orange. Este rubí es valioso.

—¿Cuánto?

—No por menos de diez mil ducados la daría, Milord. Y eso teniendo en cuenta que venís recomendado de su excelencia el Secretario general.

—Esconde estas piedras, Ciardo. Me parecen gotas de sangre, y soy muy sensible a tal espectáculo-y volvióse el inglés, mirando al Pirata Negro —. ¿Os aburrís, capitán?

—No. Me ilustro oyendo hablar de las virtudes de las piedras preciosas y de vuestra sensibilidad, Milord.

Curzio Ciardo estaba vaciando sobre el terciopelo granate el contenido de otra caja. Verdes de distintos tonos...

—Esmeraldas, Milord. Las mejores que han salido del puerto de Veracruz. Es piedra de amistad y fidelidad. Modera los dolores del parto en las damas que llevan en el pecho una de estas gemas verdes.

—Soltero soy, y tengo amigos y fidelidades sin esmeraldas.

—Entonces os mostraré unos hermosos zafiros. Vedlos cuán apaciguadores resultan, Milord. Estimulan la paz del alma, obran como sedantes y quitan fuerza a los venenos y ponzoñas más enérgicos.

Iba el joyero colocando más estuches encima del terciopelo.

—¿Por qué no abres esta caja negra, Ciardo?

—Contiene la piedra de la mala suerte, Milord. El ópalo.

—En la India afirman que da suerte.

—Tengo unos ónices, Milord, que éstos sí os traerán buena suerte. Ya en la antigüedad eran utilizados para camafeos...

—Basta, Ciardo-atajó Lord Pegrey —. Nos llevaría muy lejos el enumerar todas las virtudes de las piedras preciosas. Ahora bien, percibo que no posees la piedra que más necesito: la amatista.

Sonrió otra vez el siciliano ante el cliente qe suponía amante de las chanzas.

—¿Conocéis la cualidad de las amatistas, Milord? Ved todas ésas. Las mejores del mundo...

—¿Qué virtud se le supone? Lo sé, pero prefiero que lo corrobores, Ciardo. Soy de natural pudoroso.

—Dicen, Milord, que la amatista da castidad y protege de la tentación.

—¡*"By jingo"!* Indudablemente deberé adquirir muchas amatistas. ¿Tienen alguna virtud más?

—Protegen del vicio de la bebida, Milord.

—Conozco un amigo que siento no esté aquí presente-intervino el Pirata Negro —. Le haría mucha falta llevarse una de esas piedras.

—Invitadle a honrarme con su visita, cuando lo dispongáis, excelencia-dijo el siciliano, exhibiendo todos sus dientes en amplia sonrisa.

—Bien, bien-dijo Lord Pegrey, contemplando una por una las cajas y las piedras desparramadas —. Tengo entendido que no es indiferente saber qué piedra se lleva y cuándo se lleva.

—En domingo, Milord, un diamante montado en oro.

—En lunes, un ópalo en plata-dijo Fra Diávolo.

—En martes, un rubí engarzado en hierro.

—En miércoles, esmeraldas.

—En jueves, amatistas. .

—En viernes, zafiros.

—En sábado, ónices.

—Veo que de todas ellas tienes, Ciardo. Así, a bajo cálculo, ¿en cuándo valoras estas cajas con sus piedras?

—En ellas está mi fortuna, Milord. Al mismo Dux le resultaría una compra cara.

—¿Cien mil ducados? :

—Os chanceáis, Milord. No menos de trescientos mil ducados valen mal tasadas estas piedras que ante los ojos tenéis.

—Sois imprudente, siciliano-intervino de pronto el Pirata Negro —. Pensad que si en vez de dos honestos caballeros tuviérais ante vos a dos bandidos...

—Lord Pegrey viene recomendado por su Excelencia-dijo el joyero sonriendo, pero con pestañeo nervioso.

—Pero también debo decirte, Ciardo, que anda circulando un rumor alarmante-dijo Lord Pegrey.

—¿Cuál, Milord?

—Fra Diávolo y su gente rondan por Venecia.

Precipitadamente, el joyero fué cogiendo caja tras caja, con

intención de introducirlas bajo el mostrador. Pero arrepintióse, y volvió a dejarlas encima del terciopelo.

Señaló, hacia la puerta.

—Cerré, excelencias. Nadie puede entrar.

—Sabia precaución, Ciardo. Y en caso de que Fra Diávolo entrara, a fe de inglés que yo te protegería. Por cierto, antes de que me quede con tus piedras, Ciardo, quisiera advertirte que una vez oí hablar al apodado Fra Diávolo. Te maldecía...

—Los hombres honrados tenemos a gloria ser maldecidos por los criminales bandoleros, Milord.

—Oprobio y baldón para los tales —dijo seriamente Fra Diávolo —. ¿Sabes qué decía y sabes cuál es el verdadero nombre de Fra Diávolo?

—Unos dicen que es nacido en Nápoles, pero que vivió la mayor parte de su vida en los caminos de Roma a Florencia. En cuanto, a su nombre, Milord, creo que es Angelo Buoncuore. Oprobioso es, tal como lo calificasteis, que una nación entronice en glorias y romances a sus bandoleros. ¡Ah! Bien cierto estoy que eso no ocurrirá en Inglaterra, porque es nación de luces y buenas costumbres.

—Toda nación tiene sus bandoleros, sus banqueros y sus joyeros, Ciardo. Inglaterra ha tenido su Robín de los Bosques... Pero no nos extraviemos y volvamos a Angelo Buoncuore.

La última frase carecía por completo de acento británico. El que hasta entonces había hablado sorbiéndose los labios y abriendo apenas la boca, dejó libres sus sensuales labios y su carcajada nada tuvo de británica, al sacar la daga, cuya punta aplicó con rudeza en la garganta del joyero.

Desorbitados los ojos, Curzio Ciardo fué a gritar, pero el acero penetró por completo en su cuello. Siguió empujando Fra Diávolo, inclinando el busto por encima del terciopelo granate, hasta que la sobresaliente hoja de acero quedó clavada en la madera de la pared, sosteniendo en pie al muerto.

—Entre los que arruinaste, Curzio Ciardo, había una familia napolitana de alegres campesinos llamados Buoncuore. Perdieron fortuna y alegría. Tarde lo supe, Curzio Ciardo, pero tu muerte no es tardía. Servirá. No es inútil.

Arrancó el terciopelo granate y con él envolvió cajas y piedras,

formando un hatillo, cuyos extremos anudó, introdujo el voluminoso y pesado fardo por el haz de nudos en su brazo derecho, y, remontándolo, quedó con el hatillo al hombro.



... en trazos negros y gruesos escritos sobre el pecho...

Junto al cadáver suspendido por la daga empotrada en la pared, y que le atravesaba el cuello, había una repisa. En ella, un tintero y varias plumas de ave.

Cogió Angelo Buoncuore una de las plumas, que mojó a la inversa, introduciendo en el tintero el plumón. Fué escribiendo letras en la blanca pechera de la camisa de encajes del siciliano.

Tiró al suelo las varias plumas que había empleado, y dio un paso hacia atrás como para contemplar mejor su obra.

"FRA DIAVOLO”, decía en trazos negros y gruesos escritos sobre el pecho de la tétrica figura del apuñalado.

La puerta estaba abierta, y volviendo la espalda al interior, estaba el Pirata Negro ya en la calle, cuando a su lado y entre la niebla se perfiló la silueta de Angelo, llevando al hombro una fortuna.

—Fué acto de justicia, capitán Lezama-dijo el bandido mientras echaba a andar.

—No pido tus explicaciones. Estás en tu patria. Al menos no diste agonía al que te disponías a robar.

—Era hora que Fra Diávolo hiciera acto de presencia en Venecia. Pronto cundirá el rumor. Esta noche muchas góndolas volcarán su contenido en el agua. Todos estos ociosos e inútiles cortesanos, se recluirán prudentemente en sus casas, a partir de mañana. Vendrá Cosme Duranzo. Quiero que mi proyecto triunfe. Tanto lo deseo que por eso a la vez que hice justicia me llevé los trescientos mil ducados en joyas. ¿Oíste las virtudes de todas ellas?

—Tienes afición por la chanza, Angelo.

—Posiblemente. Es una de mis tantas debilidades.

—¿No se te ocurrió pensar que mientras estabas atareado pintando el cartel en el pecho del siciliano, yo podía haberme ido con las joyas? Hubiese sido propio del pirata, ante el cual no tuviste escrúpulos de matar.

—Era precisa tu presencia, pirata. He querido que Curzio Ciardo, el hombre que vendió italianos a los piratas bereberes, contribuyera con su fortuna ganada criminosamente y a traición, a establecer el triunfo de los cuatro dogos.

—Bernabei Simone te dió carta de presentación. Me extraña que te facilite la manera de robar.

—Por el bien de Italia, español. Yo lie conseguido así un ahorro para las arcas florentinas. Y una seguridad para ti. Esas joyas serán vendidas. No me gustan por su maleficio. Se obtendrán trescientos mil ducados. Cuando a Venecia lleguen noticias del hundimiento misterioso de siete barcos turcos, un correo especial se pondrá en camino de Francia, si pasa un mes sin que tú o uno de tus tres dogos reaparezca por Venecia. ¿Dónde reside la muñeca sin dote?

—En la ciudad de Angulema, adoptada por el notario Honoré Fripon. La niña se llama Gabrielle Lucientes de Civry.

—Queda en mi memoria… Nuestra vida es accidentada, español. Yo puedo morir. Tú también… Un hombre de mi máxima confianza irá con estas joyas al domicilio de Bernabei Simone. Y si no reapareces, partirá algún día hacia Angulema. No sé por qué, pero creo que se acometen mejor las empresas cuando se puede exponer la vida, seguro de que el fruto será óptimo.

—Cuanto ha sucedido de media hora para acá lo ignoro, Fra Diávolo. Toma la carta de pago que no pudo pagarme Reggio Borghese. Que la rompa Bernabei Simone, cuando salga el correo hacia Angulema. Es extraño, pero es así; confío en ti.

En la niebla circundante resonó más hueca y sonora la risa del que ya fácilmente había abandonado la rigidez de Lord Pegrey.

—Ha sido instintivo, español. También yo confié en ti, apenas te vi.

Capítulo VIII

“ALBERGHO GRAZIELLA”

En la plaza de San Marcos, el “Albergho Graziella” era una posada, de confusa clientela, donde los artistas escasos de fondos residían en el piso alto, de habitaciones abuhardilladas; en el piso medio, residían hombres de armas sin empleo, aventureros que vivían aún de restos de soldadas, y proscritos con medios de fortuna.

El piso bajo lo ocupaban los vastos comedores donde alegres sirvientas iban y venían portando jarros para extinguir la insaciable sed de los hospedados y de los sedientos de paso.

En una de las mesas, un sujeto taciturno, de rostro cubierto de cicatrices, escuchaba con ojos inexpresivos, las lecciones de italiano que verbalmente daba un individuo maduro a otro de largas piernas y ancho tórax, que escuchaba con suma atención.

Los tres ocupaban la misma mesa, y cómo por encanto se iluminó con expresión complacida el rostro cubierto de cicatrices cuando vió entrar en la sala a dos hombres.

—“Él” —bisbiseó “Cien Chirlos”, dando un brusco codazo a “Piernas Largas”.

Carlos Lezama atravesó la sala y fué a sentarse en una mesa vecina a la ocupada por sus dos lugartenientes y el segundo de Fra Diávolo.

Lord Pegrey quitóse del hombro el hatillo, que entregó a Luigi Gogliandini.

—A todo galope. Entrégalo a Su Excelencia Bernabei Simone. De regreso antes del anochecer, Luigi. Revienta cuantos caballos quieras. Urge. Hasta la noche, aquí mismo.

Sentóse entonces ante el Pirata Negro.

—¿Dónde se halla el señor Lucientes? —inquirió Lezama.

—Fué a dar un paseo, señor-replicó “Piernas Largas”. —Oyó hablar de una bella veneciana...

—¿Puedo hablar, señor? —inquirió “Cien Chirlos”.

—Boca libre, guapetón. ¿Qué ocurre?

—Sé el nombre de la... de la bella que quiso ir a contemplar el señor Lucientes.

—Algo es algo. ¿Cómo se llama?

—Lorenza Fosco.

Simultáneamente se pusieron en pie el supuesto inglés y el Pirata Negro.



Lorenza Fosco estaba extrañada de la larga ausencia de su enamorado vizconde de Chateranton. Sabía que estaba hablando con Iago Fosco de un asunto tan importante como era la ayuda francesa a la unión de venecianos y florentinos, pero como hermosa que tenía en gran aprecio sus propios encantos, conceptuaba que se prolongaba demasiado la llegada del francés, al cual quería ver rendido ante ella.

Aunque el día era brumoso allá en la ciudad, encontrábase ella a gusto en la terraza florida, por la que paseaba sumida en pensamientos felices. Si daba resultado el plan de Bernabei Simone, al ser dogo Iago Fosco, ella disfrutaría de una posición envidiable...

La interrumpió en sus pensamientos el oír el característico rumor de unos cascos de caballo que acababan de detenerse, procedentes no del camino, sino del campo posterior a la solitaria casita.

Asomó por la terraza, y vió al que desde la silla de su caballo miraba hacia lo alto, y que al divisarla, sonrió quitándose el tricornio y saludándola en amplio gesto.

Devolvió ella el saludo maquinalmente, aunque no recordaba al desconocido, que en buen francés habló: —Perdonadme si ignoro la bella lengua del Dante, bella entre bellas. ¿Acaso mi francés os basta?

Ella en silencio miró con altivez al jinete, que sin desconcertarse habló ahora en español:

—Sé también inglés, hermosa dama. ¿En cuál de las tres lenguas resulta más claro que me deja pasmado el candor con el que

ostentáis una belleza que enorgullecería a todas las diosas del Olimpo?

En francés, Lorenza Fosco replicó:

—Seguid camino, atrevido y osado viajero. Ni quiero ni pedí vuestros requiebros.

—Un mudo os diría madrigales, bella Lorenza.

—Vos no sois mudo. Sois un impertinente español.

—Reconozco que mi acento me delata. Pero no es impertinencia la cualidad que aquí me ha guiado. Tened presente que me dijeron que Venecia rebosaba de maravillas. Pregunté cuáles eran las principales, y me dijeron que se llamaba Lorenza Fosco. Cumplo, pues, como común viajero, que viene a rendir su tributo de admiración ante la belleza más esplendorosa de todo Venecia, Italia y contornos.

En el fondo la frívola veneciana se entretenía, aunque procurase dar a su mirada expresión de enojo.

—¿Qué diríais si llamase a mi marido?

—Se sentiría muy complacido de que un español muy atareado y poco amigo de requebrar, estuviera al pie de vuestra terraza, cantando la magnífica luz de vuestros ojos que alejan las nieblas del día.

—Lo decís porque sabéis que Iago Fosco es débil y no puede defenderme. Pero tengo quien sabría hacerlo si necesario fuera.

—Vos misma, señora.

—¿Es ironía? ¿Os han hablado de la frivolidad de las venecianas?

—Las razas y los terruños no dan cualidades, bella Lorenza. Vos sois amable e inteligente.

—¿Cuál es mi amabilidad y dónde está mi inteligencia?

—No negaréis un vaso de algo para calmar mi sempiterna sed, y vuestra inteligencia sabe comprender que os admiro con la ferviente adoración del artista ante una obra maestra. Reconforta el ánimo de un vagabundo comprender que la vida es bella, cuando una bella sonríe.

Lorenza Fosco hizo un mohín picaresco. Le gustaba la apostura del pelirrojo español.

—Agua os dará cualquier lacayo. Llamad a la puerta.

—Sólo consentiría en beber ese infecto líquido si vuestras manos

le dieran ardor de vino generoso.

La terraza distaba unos dos metros de la cabeza del jinete.

—Si tenéis la valentía de requebrar a desconocidas, supongo que tampoco os molestará entrar en casa ajena.

—Si a ello me invitáis, descortés sería el negarme a ello.

Encaramóse Lucientes sobre la silla, y con facilidad, sentóse en el reborde de la terraza, hasta quedar en pie ante la veneciana.

—Diego es mi nombre, señora, y Lucientes son vuestros ojos. Lorenza no es nombre de mi agrado, porque no os lo merecéis. Deberíais llamaron Venus.

—Nada tienen de distinguidos vuestros madrigales, señor Diego. Están al alcance de cualquier espadachín sin letras.

—De letras no presumo, pero en cambio sí de pupila, hermosa Lorenza.

—¿Qué queréis significar con ello?

—Nada pecaminoso-replicó sonriendo el madrileño.

—No os equivoquéis, señor-intentó ella rebatir con afectada seriedad.

Alargó Lucientes los dos brazos intentando asir por el talle a la veneciana, pero ésta esquivó ágilmente el contacto, y corrió hacia la puerta que comunicaba la terraza con la escalera.

En el umbral, el vizconde Chateranton que venía sonriente, se detuvo sorprendido.

Lorenza Fosco casi se abalanzó entre sus brazos, mientras Diego Lucientes refrenando su carrera, quedóse a tres pasos de la pareja.

—Repámpanos-musitó entre dientes. —Ya me he metido en un atasco.

—¿Qué ocurre, Lorenza? ¿Quién es este caballero? —y se notaba en la pregunta del francés una incipiente comezón de celos.

—Saltó a la azotea... y pretendía besarme-dijo ella.

Jean de Chateranton la apartó y desenvainó.

—¡Daréis razón, caballero, de tal desacato! —exclamó furioso.

—Nada tiene de débil vuestro esposo, hermosa Lorenza-sonrió el madrileño sin desenvainar. —No os ofendáis, señor. Ved lo que ocurrió. Yo pasaba, tenía sed, vi a vuestra esposa, y solicité un vaso de algo. Era tal mi apremio que escalé el muro, empinándome en la silla de mi caballo. Pero os presento excusas, señora, si os asusté. No corría para abrazaros, sino para hallar el camino de la bodega...

¡Repámpanos! Lo siento, pero creo que no me dais crédito, señor.

—¡Mentís como un bellaco! ¡Desenvainad! —rugió el vizconde.

Lorenza Fosco sonreía complacida. No era la primera vez que suscitaba duelos. Pero de pronto recordó a Bernabei Simone, y se impuso en ella el temor a represalias si algo sucedía al enamorado vizconde. Avanzó presurosa, colocándose ante el francés.

—Dejad a este impertinente, Jean. Ya visteis que presentó excusas. ¿Hablasteis con Iago Fosco? ¿Está de acuerdo?

—Ha decidido aceptar el ofrecimiento de Bernabei… Pero ¡apartaos, Lorenza! Ya que vuestro marido no puede, yo tomaré en su nombre vuestra defensa.

—Demontres… —murmuró sonriente el madrileño.— Veamos a ver si yo he de ser el que defienda al débil marido. ¿Vos quién sois para adoptar una defensa que no os pertenece?

La evidente insolencia del intruso exasperó al francés. Lorenza Fosco retrocedió, y a duras penas tuvo tiempo de desenvainar Lucientes, para detener la primera acometida.

El impetuoso ataque del francés puso en aprieto al madrileño, que para salir bien librado de una serie de estocadas, tuvo que fintar al flanco. Su espada halló en su camino el busto del vizconde, y Jean de Chateranton, atravesado el hombro derecho, cayó, desplomándose de bruces.

—¡Lo habéis matado! —exclamó Lorenza arrodillándose junto al desvanecido.

—Nada hicisteis vos para evitar tal duelo, hermosa-y Lucientes, inclinándose tras envainar, desgarró la camisa y la casaca del francés, examinando la herida.

Se enderezó aliviado. No le gustaba matar por fútiles querellas…

—Un alón atravesado. Una semana de cama, y volverá a tener sus dos brazos vuestro defensor. Lo siento por vuestro esposo.

Irritada, levantó 1a vista Lorenza, poniéndose en pie. Bruscamente, antes de que se diera cuenta, hallóse estrechamente abrazada y contra sus labios se aplastaron los del madrileño, que separóse de un salto después del beso, dejándola a ella inmóvil por la sorpresa.

—Ahora teníais razón, Lorenza. Vine corriendo para besaros, y ya me duele menos el hombro de vuestro amigo. Hasta la vista. Si sigo en Venecia, cuando él mejore, decidle que me hospedo en el

“Albergho Graziella”, de la plaza de San Marcos.

Dirigióse hacia la balaustrada por donde había saltado, y ya sentado a horcajadas en ella, volvió el rostro.

—Si en algo puedo serviros, no vaciléis, señora. Impaciente os aguardo sentado en el “Albergho Graziella”.

Dio un salto, y fueron disminuyendo los rumores del galope con el que se alejaba.

* * *

Lord Pegrey el capitán Lezama, precedidos por el mayordomo, llegaron hasta la sala, donde hallaron a Iago Fosco, su esposa y el vizconde de Chateranton.

Los dos venecianos estaban junto al diván donde tendido, con el rostro pálido por la pérdida de sangre, ostentaba el francés un reciente vendaje en el hombro.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió Milord Pegrey avanzando.

—Un insolente español-explicó Lorenza-que asaltó la terraza en ocasión de hallarme yo sola, y quiso abusar de mí. El señor vizconde salió en mi defensa y el desconocido huyó tras herirle.

—Fué en duelo-dijo el francés caballerosamente. —Casi puedo decir que yo mismo me ensarté en el acero contrario-añadió por prurito de esgrimidor.— Pero tuvo la desfachatez de dejar dicho dónde se alojaba, y cuando sane, iré a retarlo. Cometió la villanía de pretender abrazar a la esposa de micer Fosco.

Iago Fosco, tras algunas frases de agradecimiento, separóse del diván donde Lorenza continuó prodigando sus cuidados al herido.

—He meditado, milord. Podéis decirle a Bernabei Simone que accedo a tener con él una entrevista donde me indique. Estoy dispuesto a tener confianza en él. Si antes fuimos enemigos, ahora quiero que seamos italianos y sólo en Italia pensemos.

Inclinóse Fra Diávolo en reverencia respetuosa.

—Como súbdito imparcial, micer Iago, os felicito.

—Decidle a Bernabei Simone que el señor vizconde de Chateranton me ha dado su palabra de que informará favorablemente al rey de Francia.

Fra Diávolo acercóse al diván.

—Espero que sanéis pronto, señor. Y a propósito, si ello ha de acelerar vuestra curación, tengo un encargo para vos, que os alegrará.

—¿La libertad de mis tres amigos?

—La tendréis. Pero es en relación con cierta apuesta, hecha por otro amigo vuestro y mío. ¿Sabéis a cuál me refiero?

Un súbito enrojecimiento se adueñó de las mejillas del francés.

—Sí-dijo cohibido.

—Queda cancelada. Podéis decírselo así a nuestro amigo. Y felicitadle en mi nombre, porque recupera su fortuna y diez mil luises más. Hasta la vista. Beso vuestros pies, señora. Pronta curación, señor vizconde. Y renuevo mis felicitaciones, micer Fosco.

Por la carretera, Fra Diávolo rió alegremente.

—¡Día feliz, capitán Lezama! Mi proyecto va camino de realizarse. Esta noche, Fra Diávolo empezará a infundir en los venecianos el deseo de que venga pronto Cosme Duranzo con sus soldados. Y en cuanto a vuestro amigo el pelirrojo, casi le tengo simpatía. Es lástima que un hombre de la categoría intelectual de Iago Fosco tenga por esposa a esta coqueta sin seso, cuando se trata de amoríos. La espada del pelirrojo proporciona al vizconde Chateranton una semana más de hospitalidad en casa de Iago Fosco, y en este tiempo se estrecharán más los lazos de unión entre Venecia y Francia.

La risotada del bandido tampoco tenía ahora nada de británica.

Carlos Lezama, llevando su caballo al trote junto al suyo, le miró de soslayo.

—Tu ironía es detestable, Angelo. En algunos instantes te aborrezco por villano y en otros te admiro por talentudo. Desgraciadamente, tu contraste es el mío... Por eso, si siguiera en Italia, quizás llegaría a ser tu amigo.

—Día doblemente feliz pese a la bruma, señor español. Me complace oírte desear mi amistad, que sabes tienes por entero. En atención al día, no seas severo con el pelirrojo. ¡“Diávolo!” La carne es flaca si el espíritu es fuerte.

—El señor Lucientes es como tú y yo. Hay que matarlo... o quererlo. Y basta de miel, bandolero. Me urge ya ponerme en camino hacia costas otomanas. Por de pronto, en el “Albergho Graziella” procuraré ya no apartarme del pelirrojo. ¿Puedo servirte de algo esta noche, Fra Diávolo? Ha tiempo que no peleo y tengo deseos de hacerlo, aunque sea contra representantes del Consejo de los Diez.

—Tu vida me vale trescientos cincuenta mil ducados, Pirata Negro. No los quiero perder en accidentes traicioneros. Desde los puentes, un puñal se arroja fácilmente contra gondoleros. No quiero que te hiera uno de ellos. Perteneces a un alfanje turco, o morirás en explosión de barco otomano, pero no en canal veneciano. Por aquello ¿sabes? "Ojos que no ven, corazón que no siente".

—Cierto. Tampoco me gustaría estar presente cuando te ahorquen.

—Compartimos la misma opinión. Esta misma noche, Bernabei Simone se entrevistará con Iago Fosco, y al amanecer podrás partir hacia donde se halla el almirante Zergo Zanni. Hasta el anochecer, pirata. Voy ahora camino del lugar donde aguarda un emisario de Simone. Lord Pegrey irá a cenar contigo, antes de que Fra Diávolo actúe.

—Hasta el anochecer en el "Albergho Graziella".

* * *

Diego Lucientes, satisfecho de sí mismo, fué a sentarse entre "Cien Chirlos" y "Piernas Largas". Pidió un jarro de vino, y lo apuró complacido.

—Vino el jefe, señor Lucientes —advirtió Curro Montoya.

—Repámpanos-musitó el madrileño. —Creí que tardaría más. ¿Qué le dijisteis?

—¿Qué íbamos a decirle, señor Lucientes? —gruñó "Cien Chirlos".— La verdad. Que fuiste a ver una... bella dama.

—Lo era, a fe mía. ¿Y el Luigi dónde anda?

—Le encomendó trabajo el señor ese que ahora es rubio-dijo hoscamente "Cien Chirlos", cuyo humor era detestable, cuando se ausentaba el Pirata Negro.

—Descuelga aquella cítara, chiclanero. Hace tiempo que no te oigo cantar, y me place tu voz.

—¡Ya mismo! —exclamó satisfecho "Piernas Largas".

En tierra de cantores, nadie presta atención a los que cantan. Es como oír el susurro del viento, y por eso los concurrentes siguieron bebiendo, hablando o manejando el naipe y los dados, mientras en sordina y con su bien timbrada voz, se arrancaba el andaluz en lamentos melodiosos.

"Cien Chirlos" parecía aquejado de dolor de muelas, cejijunto y ausente la expresión.

Diego Lucientes batía con el fondo del jarro a compás sobre la mesa, acompañando las coplas del chiclanero.

Así los sorprendió el Pirata Negro. Los tres hombres volvieron a sentarse cuando lo hizo aquél.

—Cuadro magnífico. Tres conciencian tranquilas, ¿no? ¿Se da bien la cítara, chiclanero?

—Mejor se daría una guitarra, señor. Pero tengo pensado que añadiendo otras cuerdas, pues...

—Me lo contarás mañana, belitre. ¿Acaso crees que estamos yendo y viniendo por Italia, para inventar instrumentos musicales?

—Excelente vino, señor-invitó Lucientes tendiendo al Pirata Negro‘ un jarro de espumoso Chianti, que vació Lezama. —Bella tierra ésta. Gente amable, buen vino...

—...y hermosas damas. ¿Dónde fuiste durante mi ausencia, señor Lucientes?

—Oí hablar de una divinidad terrestre, y como artista que soy, pensé, señor, que no habría mal alguno en ir a echarle un vistazo,

—Cuéntame. Me entretendrá.

—Poca cosa, señor. Llegué, la vi, era hermosa, le dediqué requiebros bastos, porque percibí que no era... no era romántica, y me alejé.

—Discreto eres cuando no es preciso. Atiende, señor Lucientes. ¿A qué crees hemos venido a Italia?

—A por moneda, señor. Pero el banquero Reggio nos jugó una mala pasada. Y tú andas viendo cómo sacas fruto de nuestra excursión.

—Hasta ahora tanteé, estudiante. Ya tenemos los trescientos cincuenta mil ducados.

—Me alegra por Gaby, señor-dijo seriamente el madrileño.

—Y yo por ella, también. Ella será una mujercita que crecerá rodeada de todas las comodidades, pero ¡tú vas a pudrirte en aguas otomanas, “Medio-Brazo”!

Sorprendido por la exclamación del Pirata Negro, Diego Lucientes sonrió extrañado.

—Nada se me perdió por tierras de media luna, señor. Yo adoro la luna enterita y bonachona cuando sonríe cariñosa en noches claras...

—¿Crees que las fortunas se regalan? Tenemos que partir para

una empresa de la que de antemano os digo que será la más peliaguda de cuantas hasta hoy emprendimos.

"“Cien Chirlos”, ansiosamente, bebía las palabras que pronunciaba su ídolo.

—Comprendo-dijo Lucientes. —Algún tesoro en tierra otomana.

—No comprendes. Tu hija tendrá fortuna, tanto si triunfamos como si fracasamos. Entiendo por fracaso el que dejemos la piel en playas turcas. Debemos, como sea, hundir siete naves turcas. Cincuenta mil ducados por cada una que se bañe en el fondo del mar Jónico.

—Entonces, ¿vamos camino de Burdeos a por el “Aquilón”, señor? —inquirió Lucientes.

—No. El intríngulis de la empresa reside precisamente en que donde fracasan muchos y con naves, pueden triunfar cuatro dogos solos y en barquichuelo. Subamos a nuestra habitación. Hablaremos más cómodamente.

Un vasto aposento, dividido por cortinas en tres compartimientos, acogió a los cuatro españoles. En el primer espacio habían dormido Luigi, Lucientes, “Piernas Largas” y “Cien Chirlos”, y en el segundo y tercero, respectivamente, Fra Diávolo y Carlos Lezama.

Fué el Pirata Negro exponiendo el vasto plan de Fra Diávolo y Bernabei Simone.

—...y está ya asegurada la fortuna de Gaby. Lo que ocurra en Venecia, únanse o no con los florentinos, nos tiene sin cuidado. Nuestra misión es demostrar que si no se realiza la empresa de asentar cuatro dogos en los sitiales venecianos, hay cuatro dogos que sabrán morder en cascos de maderos turcos.

—Siempre deseé conocer tierras exóticas, señor-sonrió Lucientes.

—No considero inútil decirte, estudiante, que hasta ahora estuvimos divirtiéndonos. Pero en costas turcas iremos en serio. Allá no hay Lorenzas Foscos que valgan.

—¡Repámpanos...! ¿Te enteraste del nombre de la bella?

—Y de que pretendiste besarla, asaltando su terraza.

—Por galante no puedo decirte que ella me invitó.

—¿A besarla?

—No, señor. A tanto no llega mi falta de galantería. Me invitó a subir y subí. Luego... pues quise abrazarla, por juego, ¿sabes? Era la

clásica coqueta. Como esas rubias de aspecto altivo, qué están deseando echarse en brazos de...

—Abrevia, que ruborizas a mi guapetón.

—Surgió un gabacho de sangre impulsiva y se embrochó en mi espada. Un alón atravesado. Nada de particular... Pero al despedirme, la besé. ¡Ea!, como dice la muñeca de Angulema.

—Tus chiquilladas pueden comprometer asuntos de Estado, sin que tú te des cuenta.

—Cuando en tus explicaciones te oí citar a Iago Fosco, señor, interiormente temblé. Pero en fin, tío ha sucedido nada. Esa es la verdad.

—Partiremos al amanecer en misión secreta, señor Lucientes. Nos hemos comprometido a hundir siete naves, y las hundiremos. Si en el combate abierto la unión hace la fuerza, en el que vamos a emprender es lo contrario. Lucharemos taimadamente. Y siete naves son muchas. Deberemos repartir la tarea. Tú, señor Lucientes, llevarás por segundo a Curro Montoya. Tú, guapetón, vendrás conmigo. Vamos a morir, pero demostraremos que no en balde confiaron en cuatro dogos españoles.

“Cien Chirlos” se esponjó, radiante el horrendo rostro. “Él” le había elegido por compañero para ir a morir, pero morir matando...

Y era un epílogo magnífico para su vida, donde el único calor de afecto lo había experimentado bajo las órdenes del Pirata Negro.

—Tendré que entrevistarme con un almirante veneciano, al cual pediré dos lanchas. Y ya entonces, cuando me percate de la situación de las fuerzas otomanas, forjaré nuestro plan de ataque.

—¿No te apena dejar alejado al “Aquilón”, señor? —preguntó Diego Lucientes.

—Meterlo en aguas otomanas, sería sacrificarlo en balde. ¿Roe el tronco un oso? No. Quien lo consigue es la carcoma, que no se ve. Y en la costa otomana, cuatro hombres pueden llegar a instalarse. No así un barco y muchos tripulantes. ¿No comprendes que ya han intentado ataques los venecianos? También mandaron hombres... pero todos murieron torturados. Eran perros. Nosotros somos dogos. Y ahora, coma quien quiera y duerma quien lo desee. Hasta el amanecer no saldremos.

EPÍLOGO

Anochecía ya, cuando Lord Pegrey entró en el aposento ocupado por los cuatro españoles. Llegaba acompañado por Luigi Gogliardini.

—Albricias, capitán Lezama-saludó apenas se vio ante el Pirata Negro —. Ha vencido en toda la línea.

—Lo celebro por mí, Angelo.

—Bernabei ha hablado ya con Iago. Delante de mí creí que iban a besarse y se pusieron muy sensibleros. ¡Oh! esos intelectuales... En fin, vine entre otras cosas, por desear oír de tus labios alguna de tus proezas rimbombantes.

—Muchas hice que metieron ruido, pero me las callo, Angelo. Tampoco tú alardeas de lo que haces, porque cuanto hacemos es porque nos da la gana, ¿no es así?

—Verás. No es por mí, pirata. Yo conocí tu temple apenas te eché el ojo encima. Ya sabes cómo son mis compatriotas. Impresionables y jactanciosos. Por tanto, el almirante Zergo Zanni tiene que sentirse impresionado. Bernabei Simone ha decretado, con muy buen acuerdo, que Iago Tosco escriba para ti carta de presentación a Zergo. En ella deberíamos citar algunos de tus hechos más sobresalientes. Hechos ocurridos en tierras extrañas y distintas. Cítame algunos. Tengo buena memoria. Volveré junto a Iago Fosco para dárselas a conocer y traeré su carta de presentación.

—Bien. Desde temprana edad y empiezan las jactancias, porque han sido hechos consumados, dominé en el Caribe. Tuve la fortuna de hallarme cerca de Panamá y por capricho evité que la asolaran en una segunda incursión. Maté a los piratas franceses Curbec y “Brazo de Hierro”. Aplasté al corsario francés Gars, el Albino. Me

paseé cuanto quise por Jamaica, teniendo en jaque a los ingleses. Vencí a los aztecas. Exterminé por entero la escuadra del corsario inglés, Chester Tramp. Fomenté una rebelión en Martinica. Vencí al corso maldito, cuando éste intentaba dominar en Nápoles...

—Cierto. Lo sabía cuando oí mencionar tu nombre —dijo, sonriendo Fra Diávolo—. Me lo callé hasta ahora, pero hay napolitana que aún cita tu nombre con admiración[4].

El Pirata Negro arqueó la ceja, contemplando irónico al bandolero.

—Tienes golpes inesperados, bandolero.

—Al igual que tú, pirata. Continúa, que cuantos más hechos le citemos a Zergo más se impresionará.

—Puedes decir que tengo ya práctica de entrar en tierra de los llamados infieles, ya que no ha mucho entré en el Dahar argelino, donde maté a Mezzomorto, Drub el Diablo y Sinau el judío de Esmirna. Ahora últimamente me di un paseo por Inglaterra y dejé en poder de los negros, que se disponía a vender como esclavos, al corsario Hugh Foster con su tripulación entera a bordo. Fui al castillo de Angus Mac Dougherty y aquí estoy. ¿Algo más? No puedo citarte todo cuanto hice porque necesitaría mucho tiempo.

—Cuando elijo a un hombre por amigo, no puedo equivocarme, capitán Lezama. Y sólo tengo tres amigos: yo, Bernabei y tú. Hasta pronto.

Una hora más tarde regresaba entregando un cuadrángulo de papel recio sellado al Pirata Negro.

—Carta particular de Iago Fosco a su particularísimo amigo el almirante Zergo Zanni.

—¿Dónde reside la escuadra almirante?

—Acobardada y anclada en una playa adriática, distante cincuenta leguas del golfo de Tarento. Vigilad la entrada del canal de Otranto para impedir la entrada en el Adriático de los otomanos. Pero entre tú y yo, te diré que lo cierto es que están asustados. Compréndelo. No todos son Fra Diávolos ni Piratas Negros.

—Lo comprendo perfectamente. Nada se opone ya a que nos pongamos en camino.

—Nada. Yo te retendría, para que vieras lo que es una noche en Venecia cuando en ella se ha presentado Fra Diávolo. Pero cada uno de nosotros tiene su misión que cumplir y por separado. ¿Aceptas la

invitación a cenar de Fra Diávolo?

—Gracias, Es para mí un placer.

Fué milord Pegrey el que encargó copiosa y exquisita cena, pero fué un barbudo y tonsurado hércules el que, con sus carcajadas, que hacían temblar los músculos de sus hombros desnudos y su pecho velloso cruzado por la bandolera de los puñales, el que prodigó su natural jocoso, aunque a instantes asomaba el italiano cauto y mentalmente alerta.

Terminada la cena, señaló Angelo Buoncuore la abierta ventana.

—Venecia me espera y la noche será ruidosa... —se interrumpió y pestañeando, sonrió con cierta amargura—. Mira, capitán Lezama.

Una de las cortinas tenía desprendido su cordón de arrastre. Y destacándose sobre aquélla el trenzado cordón, que terminaba en circunferencia, fingía exactamente el lazo de una soga de ahorcado.

El Pirata Negro, aunque también impresionado por el símbolo, se encogió de hombros;

—¡Bah!.„

—Horca, capitán Lezama. ¿Para quién de nosotros dos?

—Tarde o temprano ese será nuestro fin, Angelo. Pero, ¡por cien mil demonios!... ¡Tarde será para ti y para mí! Que dos de nuestra talla, ya son mucho hombre para un solo siglo...

Angelo Buoncuore, en pie, tendió la diestra.

—¿Aceptas ahora mi mano, pirata?

—Nunca estreché más a gusto diestra de extranjero, Fra Diávolo.

Después del recio apretón, desde la calle sonó un ladrido.

—Luigi —dijo lacónicamente Fra Diávolo. Revistió su sayal y cabalgó el borde de la ventana.

—Así, con sencillez, es como deben despedirse dos hombres como tú y yo, Pirata Negro. Y sin supersticiones. Quiero creer que no está aún fundida la bala ni templado el acero ni trenzado el cáñamo que con nosotros termine.

Y al ultimar sus palabras, mientras en la calle sonaba de nuevo el ladrido contraseña de la banda de Fra Diávolo, Angelo Buoncuore dió un manotazo arrancando el cordón que fingía lazo de horca.

Volvió el rostro, y, por unos instantes, contempló, en silencio, al Pirata Negro, que en pie, en jarras los brazos y apoyados los puños en las caderas, le devolvió la humorística sonrisa.

—¡“Eh, viva Fra Diávolo”! —exclamó Lezama—. Convierte a

Venecia en un barullo de medrosos cortesanos.

—¡Larga vida al Pirata Negro! Convierte los mares turcos en charcos de maderas flotantes. Adiós.

—Adiós.

Desapareció como devorada por el abismo de la noche la silueta frailuna y barbuda. Las estrellas titilaban sobre los canales de Venecia.

El Pirata Negro dirigióse hacia la ventana abierta. Repiqueteó unos instantes con los dedos contra los cristales. Dió media vuelta y murmuró:

—Buena suerte, Diablo Buoncuore.

FIN

Tres joyas...

DE LA MODERNA LITERATURA DE AVENTURAS



EL PIRATA NEGRO

Valiente como un león, ágil como un leopardo. Siempre con la sonrisa en los labios, enamoradizo y romántico caballero, noble y generoso señor, combate sin cuartel a los traidores, los corsarios y los delincuentes de mar y tierra.

TITULOS PUBLICADOS

1. La espada justiciera.
2. La bella corsaria.
3. Sucedió en Jamaica.
4. Brazo de hierro.
5. La carabela de la muerte.
6. El Leopardo.
7. Cien vidas por una.
8. La bahía de los tiburones.
9. El corso maldito.
10. Rebelión en Martinica.
11. Los filibusteros.
12. La primera derrota.
13. La dama enmascarada.
14. Los tres espadachines.
15. Los mendigos del mar.
16. El Rey de los Zíngaros.
17. Noches fantasmales.
18. Monthar, el exterminador.
19. La tumba de los caballeros.
20. Frente a frente.
21. Esclavitud y rescate.
22. Deuda saldada.
23. El holandés fantasma.
24. "Mezzomorto".
25. Mares africanos.
26. Enemigos irreconciliables.
27. La ciudad invisible.
28. El capitán Lezama.
29. Contra viento y marea.
30. Manopla de terciopelo.
31. El caballero errante.
32. Sucedió en Sevilla.
33. La tizona toledana.
34. Máscara de flores.
35. Angus el tenebroso.
36. La furia española.
37. Dos españoles en París.
38. Intriga macabra.
39. La mujer vampiro.
40. El castillo de Civry.
41. Los cuervos.
42. Odisea en Italia.
43. Los cuatro dogos.

DIEGO MONTES

El patriota cien por cien, que lucha contra el invasor y combate a los opresores del pueblo.

TITULOS PUBLICADOS

1. El bandolero heroico.
2. Claveles sangrientos.
3. El toro.
4. Malatesta.
5. La duquesa y el bandolero.
6. El galán de la muerte.

EL CRUZADO

Con sus superhumanas proezas, es indudablemente el héroe de todos preferido.

TITULOS PUBLICADOS

1. La muerte llama la muerte.
2. La mano del cadáver.
3. La tumba del Gran Duque.
4. El garito siniestro.
5. El fantasma del castillo.
6. El traidor Kovarski.
7. Progrom sangriento.
8. Los piratas del Mar Caspio.

Episodios prodigiosos... obsesionantes intrigas..., amores borrascosos... Personajes devorados por ardientes pasiones, moviéndose en los más diversos y fascinantes escenarios. Una sorpresa en cada página... Un interés que crece y crece... son las características de estas tres obras excepcionales en su género, que presenta

Editorial Bruguera

...men quincenal sólo cuesta TRES pesetas

Notas

[1] Ver Odisea en Italia< <

[2] Véase: Odisea en Italia< <

[3] Véase: "Odisea en Italia. <<

[4] Véase “El corso maldito”< <